

1.

Los inicios de la Guerra Fría desde finales de la II Guerra Mundial a la Guerra de Corea (1945-1953).

Nacimiento y extensión de la Guerra Fría.

I. LA SITUACIÓN TRAS LA II GUERRA MUNDIAL.

La rendición de Alemania ante los Aliados el 8 de mayo de 1945, así como la de Japón el 2 de septiembre, ponían fin a la Segunda Guerra Mundial. Un conflicto que comenzó en Europa en septiembre de 1939 y que desde 1941 adquirió una dimensión mundial. La guerra supuso, tanto por sus consecuencias materiales y humanas, como por su significado para las relaciones internacionales, el inicio de una nueva etapa en la evolución del Mundo Contemporáneo. El panorama de 1945 presentaba diferencias sustanciales con respecto a la realidad de seis años antes.

1. Balance de la segunda guerra mundial.

En primer lugar, la Segunda Guerra Mundial provocó una reorganización del sistema internacional con una nueva distribución del poder político mundial caracterizada - simultáneamente- por el final de la preponderancia europea (consumándose así un proceso abierto tras la Primera Guerra Mundial) y el establecimiento de la supremacía de los EE UU y la URSS, grandes triunfadores del conflicto. Europa, devastada y dividida, no sólo es incapaz de continuar ejerciendo el papel preeminente que históricamente le había correspondido sino que además se encontrará sometida a la influencia directa de soviéticos y americanos. El antiguo equilibrio europeo es reemplazado por el equilibrio global de poder entre EE UU y la URSS. La pérdida de prestigio de los países europeos en sus colonias -derivada de la guerra y la debilidad de posguerra- favorece los movimientos de emancipación, el inicio de la descolonización.

Los cambios afectan también a la naturaleza misma de los actores internacionales: las potencias europeas, Estados medios por su superficie, población, capacidad económica y militar, contrastan con los EE UU y la URSS, convertidos en superpotencias, Estados gigantes.

Por último, la Segunda Guerra Mundial introduce al mundo en la era atómica que, con el uso y la posesión de armamento nuclear, modifica radicalmente los factores geopolíticos y estratégicos. Su empleo por Washington en agosto de 1945, se ve secundado cuatro años después por Moscú al detonar su primera bomba. Desde entonces, el mundo vivirá bajo una bipolaridad basada en el equilibrio nuclear. El sistema mundial y las relaciones internacionales iban a quedar -por estas circunstancias- determinados por el grado de entendimiento o divergencia entre las superpotencias.

a) Balance humano.

Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial adquieren su trágica dimensión al analizar las pérdidas humanas y la destrucción material provocada, muy superiores a las de la Primera Guerra Mundial.

El balance humano -siguiendo a ARACIL, OLIVER y SEGURA- es estremecedor: en torno a 50 millones de muertos (sin poder aún ofrecer un número exacto), ya se trate de víctimas militares o civiles, de combatientes caídos en los frentes de lucha, o población arrasada en los bombardeos, o fallecida en los campos de concentración. Fue la Unión Soviética quien sufrió el coste humanitario primordial al perder más de 26 millones de personas (cifra superior a todos los muertos de todas las naciones durante la Primera Guerra Mundial), es decir, el 14% del total de su población. Las víctimas militares fueron 8 millones y medio; el resto, civiles. Después de la URSS, la Europa central y oriental arrastró el mayor número de víctimas: Alemania, 6 millones -el 8% de su población -, de las cuales 4 millones eran militares; Polonia, también 6 millones pero con la terrible diferencia de que sólo 300.000 resultaron militares: los otros civiles, especialmente judíos, 3 millones de víctimas. El genocidio eliminaría a cerca de las tres cuartas partes de la comunidad judía de Europa: a la tragedia polaca se unieron la de la URSS (en torno a 650.000; Rumania, 270.000, y Alemania, 120.000). Yugoslavia, Rumania y Hungría contaron entre los muertos de sus ejércitos regulares en torno a 300.000 y 400.000 cada uno. En Bulgaria, 20.000 personas, la mitad civiles, y en Austria, la cifra alcanzó los 300.000 muertos. En Europa Occidental, la proporción disminuía: los muertos británicos, incluyendo civiles, alcanzaron los 365.000, a los que se añadirían los 120.000 del Imperio británico. Francia perdió 293.000 soldados y una cifra aproximada de civiles. Los muertos militares belgas -11.000- eran algo más del 10% de la población civil; esta desproporción era más acusada para Holanda: mientras tuvo 14.000 muertos en su ejército, los civiles llegarían a ser 220.000. Italia tendría 444.500 muertos -el 1,2% del total de población-, de ellos 284.500 militares. Fuera de Europa, Japón perdió más de 2 millones y medio de personas, de las cuales 1.900.000 eran militares. En China -cuyas cifras no son aún exactas-, el balance humano pudo llegar hasta un total de 13 millones, siendo estrictamente militares 1.500.000. Los EE UU vieron morir a 340.000 soldados y Canadá a 45.000. A todo ello deben añadirse los 35 millones de heridos, 3 millones de desaparecidos y las víctimas provocadas por la subalimentación y distintas enfermedades.

La tragedia humana no se detenía en muertos o heridos. La Segunda Guerra Mundial presenció la dramática experiencia de los desplazados, las expulsiones masivas, los evacuados y refugiados, un problema agravado con el final de las hostilidades. Europa asistió a un movimiento migratorio -desconocido en su edad contemporánea - que en la zona Central y Oriental modificó completamente el mapa étnico. En torno a 50 millones de personas perdieron -de forma permanente o transitoria- sus hogares: desde soldados, prisioneros de guerra, comunidades sometidas a la depuración nacional-socialista hasta los refugiados y desplazados de posguerra. Millones de personas abandonaban los territorios anexionados por los vencedores

y donde los colaboracionistas eran duramente perseguidos.

En Alemania, entre 1940-1944, Hitler había trasladado a los territorios del *Reich*, entre prisioneros de guerra y trabajadores forzados, cerca de 6 millones de personas. Cuando en 1945 se logró su repatriación, una oleada aún mayor de refugiados llegó por la situación impuesta por el final de la guerra: más de 10 millones de alemanes huyeron de Checoslovaquia, de Hungría y de los territorios al Este de la línea Oder-Neisse así como de la Prusia oriental, dirigiéndose a una Alemania reducida en un 25% de su territorio. Las regiones septentrionales de Checoslovaquia, antes habitadas por 3 millones de alemanes de los Sudetes, fueron ocupadas por checos y eslovacos. Las autoridades de Polonia aprovecharon el vacío dejado por la huida de población alemana al Oeste para asentar de inmediato a 3 millones de campesinos polacos, en su mayoría, población levantada de las regiones traspasadas ahora a la Unión Soviética. En la propia URSS, Stalin envió a las zonas centrales de Asia a las minorías no eslavas que habían colaborado con los alemanes. En Yugoslavia, más de 100.000 italianos abandonaron Istria y, por otro lado, llegaron 20.000 yugoslavos de Macedonia y 10.000 de Bulgaria. Además, había centenares de miles de polacos, ucranianos y letones que al acabar el conflicto se encontraban lejos de su patria - territorios pertenecientes hasta ahora al *Reich*- y que, por razones políticas, no podían o no querían retomar. También estaba el movimiento migratorio de millares de judíos y ex prisioneros de los campos de la muerte, decididos a abandonar el continente. En Asia, aunque en un nivel menor, estaba el problema de las personas desplazadas por Japón.

b) Consecuencias materiales.

Las pérdidas materiales resultaban también catastróficas. Las principales ciudades europeas -excepto las británicas y de países neutrales- quedaron destruidas: en algunos casos, como Varsovia, el aniquilamiento fue tal que se consideró insegura su reconstrucción; sobre Berlín, reducida a escombros, se pensaba en quince años para levantarla, y en Düsseldorf, sometida a un terrible bombardeo final, el 93% de las casas eran inhabitables. Asimismo, los principales nudos de comunicación, redes ferroviarias, infraestructuras viarias, sistemas de canalización, y gran parte de la flota mercante de los países europeos estaban inservibles o gravemente dañados. Las pérdidas fueron especialmente duras en aquellas zonas, como la Europa Oriental, donde las tropas alemanas, en su retirada, aplicaron la técnica de tierra quemada.

Si en los primeros años de la guerra la agricultura prosperó, posteriormente, la falta de hombres, máquinas y medios de comunicación provocó un retroceso en su producción. La producción alimentaria descendió a la mitad del nivel de entreguerras y la industrial -aún con cifras poco exactas- se situó a un tercio de aquel. En todo el continente el sistema financiero estaba dislocado y se padecía la consiguiente inflación. Faltaba ropa, calzado, objetos de uso doméstico y combustible, carbón, básicamente: el hambre, el frío y la escasez de artículos elementales determinaban la vida cotidiana de la población europea. En todo el continente se aplicaba un riguroso racionamiento de alimentos y países enteros vivían de la caridad.

En un plano moral, el terror desencadenado durante la guerra y la propia evolución del conflicto provocan una honda crisis de conciencia: la civilización humana se interroga sobre la fragilidad de sus valores. En este proceso de cuestionamiento, el comunismo actúa de aglutinador en amplios sectores intelectuales que ven en Stalin el libertador de Europa.

Este cuadro desolador escondía, oculto, no obstante, una realidad diferente. La debilidad europea era relativa y en ciertos casos transitoria: aunque con una economía al borde de la ruina, los centros de producción no estaban completamente destruidos y ahí donde desaparecieron, la destrucción de las instalaciones fue un factor de fomento de la producción

permitiendo la rápida introducción de importantes innovaciones tecnológicas. Restablecidas las comunicaciones, subsanados los problemas de organización y distribución y -punto clave- ayudados por EEUU y la URSS, los países europeos lograron aumentar sus producciones y entrar en la senda del crecimiento económico, experimentando un resurgir material general y uniforme poco después. Lamentablemente, esa normalización coincidió con la ruptura completa entre los propios vencedores.

2. La organización de la paz y del mundo de la posguerra: las conferencias de Yalta y de Potstam.

Desde 1941 los Aliados -liderados por los Tres Grandes (Estados Unidos, Unión Soviética y Gran Bretaña)- iniciaron una política de colaboración activa sustentada en objetivos de guerra y objetivos para la paz. Los primeros tenían como finalidad triunfar sobre un enemigo común. Los segundos, establecer los fundamentos de un nuevo orden mundial que garantizara la paz y la seguridad internacionales mediante la prolongación -después del conflicto- de la colaboración aliada y la creación de un sistema de seguridad colectiva -la ONU- capaz de solucionar los problemas político-territoriales del mundo de posguerra.

Para la consecución de estos fines y un mejor funcionamiento interno, el bloque aliado articuló un sistema de conferencias (catorce reuniones entre 1941 y 1945) donde se fueron adoptando decisiones políticas, militares y económicas de forma conjunta o separada. Especial relevancia adquirieron los encuentros en la cumbre entre los máximos dirigentes de Estados Unidos -el presidente Franklin D. Roosevelt-, Gran Bretaña -el primer ministro Winston Churchill- y la URSS -el líder soviético José Stalin- convertidos en los sostenedores de la coalición antinazi: Conferencia de Teherán (28 de noviembre-1 de diciembre de 1943), Yalta (4-12 de febrero de 1945) y Potsdam (17 de julio-2 de agosto de 1945). Sin duda, la cooperación no resultó sencilla. Los celos estuvieron a menudo presentes: la estrategia militar de los occidentales, su retraso en abrir el segundo frente europeo reclamado continuamente por Stalin, las características del armisticio italiano, el control del Ejército Rojo sobre la Europa Oriental desde mediados de 1944 o el lanzamiento de la bomba atómica, favorecieron la desconfianza. Sin embargo, nunca varió su proyecto de lucha: derrotar al enemigo común.

a) La organización del nuevo orden internacional

La primera enunciación de los propósitos aliados se recogieron en la *Carta del Atlántico* -14 de agosto de 1941-, firmada en aguas de Terranova por Roosevelt y Churchill donde ambos estadistas fijaban los principios sobre los cuales basar el desarrollo de la guerra, así como la futura sociedad internacional: rechazo a las modificaciones territoriales impuestas, respeto a la libertad individual de cada pueblo para elegir su sistema de gobierno, colaboración económica y libertad de circulación marítima, establecimiento de una paz duradera y creación de un sistema de seguridad colectivo con renuncia expresa al uso de la fuerza. Posteriormente el 1 de enero de 1942, en Washington, 26 países suscribían la *Declaración de las Naciones Unidas* cuyo texto reiteraba los términos de la Carta del Atlántico. El término Naciones Unidas había sido acuñado por Roosevelt para sustituir al anterior de «Potencias Aliadas» o «Gran Alianza», perferido por Churchill.

La configuración de una alianza donde occidentales y soviéticos trabajaban en base a proyectos comunes tenía un profundo significado histórico. El triunfo de la Rusia bolchevique en 1917 había convertido al socialismo en una alternativa viable frente al capitalismo, dividiendo al sistema internacional en dos construcciones político-sociales distintas, y casi

excluyentes. La cooperación surgida en 1941 y las iniciativas adoptadas consensuadamente en la construcción de la paz, tendían a desmentir la incapacidad para superar el clima latente de «guerra civil mundial».

Las mentalidades también parecían cambiar. Cuatro años de alianza contribuyeron a modificar juicios pasados. En el mundo occidental, sobre todo en EEUU, la imagen de la URSS quedó alterada favorablemente: sus medios de comunicación dedicaban amplios espacios a subrayar el coraje del pueblo soviético y a presentar a la URSS como una variación radical del ideal democrático. El durísimo esfuerzo del Ejército Rojo resistiendo, primero, la ofensiva alemana, y posteriormente, rechazándola, suscitaba inmensa admiración. La disolución del Komintern en 1943, la adhesión de Moscú a la *Declaración de las Naciones Unidas* y la actitud «patriótica» del partido comunista norteamericano en estos años reforzaban la corriente de simpatía. Por su parte, en el mundo comunista, las referencias sobre el anticapitalismo y antiimperialismo estaban silenciadas. A la altura de 1944-1945, bajo este clima, la opinión pública de EEUU vivía persuadida de que derrotados Hitler y el militarismo japonés, podría establecerse un nuevo orden mundial parte fundamental del cual funcionaría gracias a la colaboración soviético-americana.

b) La Conferencia de Yalta

A principios de 1945, la agonía del nacional-socialismo y la proximidad de la victoria obligaron a recurrir a un nuevo encuentro entre Churchill, Roosevelt y Stalin quienes ya se habían reunido en la Conferencia de Teherán. La ciudad de Yalta, en la península de Crimea fue el lugar señalado. Lógicamente conforme el término de la guerra se acercaba, la cuestión del combate final contra Hitler compartía protagonismo con la necesidad de definir completamente cómo organizar el mundo de posguerra.

La reunión de Crimea intervenía en un contexto favorable a los soviéticos. En el verano de 1944, el Ejército Rojo, tras expulsar en enero de sus fronteras a la *Wehrmacht*, desencadenaba una impresionante acción militar que le llevaba a atravesar el valle del Danubio, asentarse en los Balcanes y controlar de forma progresiva en Europa Oriental y Central. Rumania, Bulgaria y Hungría, satélites del *III Reich*, firmaban sus armisticios, respectivamente, en septiembre y octubre de 1944 y enero de 1945. Durante los meses posteriores se estacionaron cerca de 900.000 soldados rusos en territorio rumano, 800.000 en Hungría y unos 200.000 sobre Bulgaria. A principios de 1945, la URSS dominaba la mitad oriental de Polonia y sus fuerzas estaban a 70 kilómetros de Berlín. Por otra parte, este control territorial vino acompañado -de forma paralela- de significativas transformaciones político-sociales: los soviéticos, ayudados por los movimientos de resistencia, aprovecharon su presencia para establecer sobre las zonas liberadas de la Europa Oriental fórmulas políticas que garantizasen una influencia preponderante a los partidos comunistas en los nuevos gobiernos que iban conformándose. Todos estos triunfos provocaban en los dirigentes de Moscú un sentimiento de superioridad. Por el contrario, los anglo-americanos después del éxito del desembarco en Normandía -6 de junio de 1944-, se habían visto sorprendidos por la contraofensiva alemana de las Ardenas. Estos factores explicarían, junto a otros, parte de las concesiones occidentales a Stalin en Crimea.

Las posiciones de los tres líderes presentaban rasgos específicos. Y, desde luego, los anglo-americanos no mostraron ante los soviéticos un frente unido. El presidente norteamericano -continuador del moralismo wilsoniano- acudía a Crimea con la idea de mantener la unidad aliada, sacar adelante el proyecto de la ONU, lograr la participación soviética en la guerra contra Japón y asegurar una pronta retirada de sus fuerzas de Europa; su pensamiento estaba centrado realmente en la organización del mundo de posguerra, cuyo éxito

pasaba por continuar el entendimiento con la URSS. La política soviética en Europa Oriental - según intuía Roosevelt- respondía a motivaciones ideológicas, expandir el comunismo, y a consideraciones de seguridad: la necesidad de evitar nuevas agresiones como la alemana empujaban a Moscú a controlar los territorios próximos. La principal tarea de un estadista americano, para Roosevelt, radicaba en aliviar las preocupaciones de seguridad de la URSS al tiempo que impedía la creación de gobiernos títeres en la región.

Los factores ideológicos y de seguridad estaban profundamente enraizados en la política de la URSS. Stalin intentaba aprovechar la guerra para consolidar el Estado soviético, difundir un mensaje revolucionario e incrementar la seguridad nacional ampliando su influencia sobre los territorios fronterizos. Había que evitar los cordones sanitarios de antaño y la presencia en países limítrofes, de regímenes anticomunistas amenazadores. Stalin, además, entendía el ejercicio del poder internacional de forma especial: cada «gendarme» haría respetar la ley en su ámbito de influencia, excluyendo cualquier otro agente de la autoridad.

La defensa de los intereses nacionales e imperiales británicos y la futura estabilidad europea, amenazada por la expansión de la URSS y el comunismo, guiaban los planteamientos de Winston Churchill. El hundimiento de Alemania, la proyectada retirada norteamericana y la debilidad de Francia abrían la puerta a una preponderancia soviética y, por ende, a la ruptura del equilibrio europeo, fundamento tradicional de la política exterior de Londres. La restauración como potencia de Francia compensaría esa desventaja, al crearse un bloque compacto entre la URSS y Gran Bretaña.

En la *Conferencia de Yalta* (4-12 de febrero de 1945) -con el ojo puesto en terminar con el nazismo- se abordaron principalmente cinco cuestiones: Alemania, Polonia, la intervención de la URSS contra Japón, la Organización de las Naciones Unidas y el futuro de los territorios liberados.

Los Aliados decidieron que Alemania, a punto de ser derrotada, sería ocupada por sus ejércitos que se asignaban tres zonas de ocupación. Churchill -siguiendo su criterio de restaurar el poder francés- apoyó la creación de una cuarta zona para Francia. Stalin aceptó con la condición que aquella saliera de las atribuidas a británicos y americanos. Cada potencia ocupante administraría su zona aunque estarían coordinadas por una Comisión de Control Interaliada. Berlín -un enclave independiente dentro de la zona soviética- tendría una ocupación y gobierno militar común. En otro orden, Alemania sería desmembrada, desmilitarizada, desnazificada y se celebraría un juicio contra los criminales de guerra. Por último, los tres líderes abordaron el montante de las reparaciones de guerra exigidas a Alemania, así como las formas de pago.

La cuestión polaca - fijación de sus fronteras y futuro gobierno - ocupó seis de las ocho reuniones plenarias, síntoma de las discrepancias aliadas. Polonia era, para Moscú, un asunto de seguridad: durante la guerra Stalin siempre subrayó que el territorio polaco había constituido históricamente un corredor de invasión contra la URSS que era preciso cerrar de forma definitiva.

Fue el dirigente comunista quien tomó la iniciativa sobre el futuro mapa polaco. Respecto a las fronteras orientales de Polonia, Stalin reclamaba la anexión de los territorios poblados por bielorrusos y ucranios siguiendo la línea Curzon trazada en 1919. Para compensar por estas pérdidas y a fin de granjearse el apoyo de los ciudadanos polacos, las fronteras occidentales de Polonia, según Stalin, debían desplazarse en el Oeste hasta el curso de los ríos Oder-Neisse/occidental, en detrimento de Alemania que cedía sus ricas e históricas regiones de Silesia y Pomerania. Este segundo trazado, Oder-Neisse/occidental, encontraba la oposición de Churchill. Las fronteras de Polonia, así, quedaron sin definirse claramente en Yalta. Igual de enrevesada resultaba la constitución del nuevo gobierno polaco. Las diferencias entre Gran

Bretaña y la URSS parecían irreconciliables. La Unión Soviética apoyaba al denominado Consejo Nacional de Lublin, formado en julio de 1944 y compuesto mayoritariamente por comunistas bajo el control de Stalin.

Churchill, junto con Roosevelt, respaldaba al gobierno exiliado polaco de Londres, prooccidental. Una Polonia libre y soberana era, para los británicos, no sólo un elemento básico en el equilibrio europeo, sino también una cuestión de honor: en 1939, Gran Bretaña entró en guerra para preservar su independencia y soberanía. Finalmente se alcanzó un acuerdo ventajoso a los intereses de Moscú: Polonia tendría un gobierno de unidad nacional cuyo núcleo fundamental era el comité de Lublin ampliado con dirigentes demócratas o de la emigración, y se convocarían elecciones generales de forma inmediata. El futuro político de Polonia, complicado, dependía del comportamiento soviético.

La Europa Oriental, ocupada casi enteramente por el Ejército Rojo, suscitaba idéntica preocupación. Los occidentales deseaban garantizar el futuro de los Estados liberados del nazismo y fascismo a través de la normalización económica interna y extensión de la democracia representativa y el pluralismo político. La *Declaración sobre la Europa Liberada* firmada en Yalta constituía un compromiso de los Tres Grandes para llevar a la práctica esos principios. El documento, de gran valor simbólico, despertó muchas esperanzas. Considerada un éxito por Roosevelt, fue el instrumento de la política americana en Europa Oriental a lo largo de 1945. Pero el optimismo duró poco: la Declaración -que no contemplaba ninguna disposición institucional para su puesta en vigor- se convirtió en papel mojado, incumplida por la URSS cuyo concepto de democracia no coincidía con el modelo capitalista-occidental.

La entrada de la Unión Soviética en la guerra contra Japón, cuando la bomba atómica no estaba preparada, era un objetivo prioritario de Roosevelt: acortaría el conflicto, salvando a gran número de vidas norteamericanas. El presidente - guiado por esta reflexión - concertó un acuerdo secreto con Stalin según el cual la URSS declarararía la guerra a Tokio tres meses después de la capitulación de Alemania y, a cambio, recibiría las islas Kuriles, la parte meridional de la isla de Sajalin, el arrendamiento de Port-Arthur y de los ferrocarriles de Manchuria y el mantenimiento del *statu quo* sobre Mongolia exterior. Estas compensaciones se hacían a espaldas del líder chino Chiang-Kai-chek. Al atribuir a la URSS territorios que pertenecían a otro país, Roosevelt no había dudado en ir contra sus principios.

Por último, Stalin, Roosevelt y Churchill aprobaron la creación de la ONU y su organización interna cuyas líneas principales habían sido fijadas en la Conferencia de Dumbarton-Oaks (septiembre-octubre de 1944). Asimismo, decidieron convocar una reunión en San Francisco en la que, junto a otros países, la carta constitutiva de las Naciones Unidas quedara ratificada solemnemente.

La *Conferencia de Yalta* marcó el apogeo de la colaboración aliada en la guerra. Sus protagonistas se separaron satisfechos, y, con mayor o menor intensidad (caso de Churchill), celebraron los acuerdos alcanzados.

La cumbre de Crimea ha sido objeto de variadas interpretaciones. Durante años, la historiografía identificó la Conferencia con el reparto de Europa y del mundo en un sistema rígido de bloques y zonas de influencia. Esta presentación, aireada por el general De Gaulle, ausente de Crimea, y perpetuada por la Guerra Fría, resulta más un mito que una realidad. No hubo reparto. El proyecto de los EE UU en vísperas de la capitulación alemana no era el reparto europeo, sino imponer la voluntad de las superpotencias victoriosas y unidas sobre un continente inestable. Por otra parte, también se ha insistido en la debilidad de Roosevelt y su falta de resistencia ante Stalin; sobre su comportamiento sigue existiendo un debate abierto especialmente entre aquellos que sostienen que enfrentarse a Stalin hubiera abierto la crisis de la coalición y la consiguiente desunión habría hecho el juego a nazis y japoneses, prolongando

la guerra.

c) La Conferencia de Potsdam

A mediados del verano de 1945, el triunfo aliado estaba consumado. En mayo, tras las últimas operaciones militares y el suicidio de Hitler, Alemania había capitulado; la derrota japonesa, a pesar de la resistencia final, parecía cuestión de tiempo y la ONU comenzaba a marchar definitivamente. Junto a estos logros comenzaron los síntomas de resquebrajamiento de la coalición vencedora: en Polonia la situación política era confusa y Londres y Washington temían por el futuro de la Europa Oriental ante el incumplimiento soviético de la Declaración sobre la Europa Liberada. El clima de Yalta desaparecía sustituido por una mayor desconfianza.

Terminada la guerra en Europa, británicos, norteamericanos y soviéticos convocaron un nuevo encuentro. La *Conferencia de Potsdam* (17 de julio-2 de agosto de 1945), en las afueras de Berlín, iba a constituir la última reunión al más alto nivel de los Tres Grandes.

Los líderes occidentales eran otros. El fallecimiento de Roosevelt -12 de abril- había convertido en presidente a Truman, menos inclinado a la política de colaboración que su predecesor. En el lado británico, Churchill, presente en las primeras sesiones de Potsdam, fue sustituido poco después por el nuevo primer ministro, el laborista Clement Attlee, ganador de las elecciones de julio. Por el contrario, Stalin seguía representando la máxima autoridad en la Unión Soviética.

Los acuerdos de Potsdam abarcaban distintos apartados. La Conferencia decidió la creación de un Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de los Cinco Grandes (potencias con derecho de veto en Naciones Unidas) para elaborar los Tratados de Paz con Alemania y sus satélites (Italia, Rumania, Bulgaria, Hungría y Finlandia) y proponer soluciones a las cuestiones territoriales pendientes. Asimismo, Austria -separada de Alemania- fue dividida en zonas de ocupación aliada, acordándose la organización de elecciones libres.

Respecto a Polonia, las tres potencias reconocieron al gobierno provisional de unidad nacional -dominado por comunistas- y la convocatoria de elecciones libres. Las disposiciones territoriales eran un triunfo de Stalin. Las fronteras orientales mantuvieron las cláusulas de Yalta con una variación favorable a Moscú. La URSS logró la separación del territorio alemán de la región de Prusia Oriental que fue repartida: los soviéticos anexionaron la parte norte del territorio, alrededor de la ciudad de Königsberg, rebautizada como Kaliningrado, y la parte sur fue entregada a Polonia. Por otra parte, la discusión abierta, sobre el trazado fronterizo del Oder-Neisse, quedó solucionada por una situación de hecho. Stalin afirmó a británicos y norteamericanos su imposibilidad de impedir que los polacos ocuparan toda esa zona. Alemania perdía el 25% de su territorio de 1938. Más de 7 millones de alemanes (Silesia, Pomerania y Prusia Oriental) fueron expulsados o huyeron de sus hogares. Los soviéticos perpetuaron la situación mediante la firma con Polonia en agosto de un acuerdo sobre delimitación fronteriza.

La *Conferencia de Potsdam* fijó los principios políticos que regirían Alemania hasta la firma del Tratado de Paz.

Políticamente, Alemania -que no sería desmembrada- quedaba tutelada provisionalmente por los Aliados: la autoridad real pasaba al Consejo de Control Interaliado integrado por los jefes militares de las zonas de ocupación. Berlín, a su vez, quedaría dividida en cuatro zonas, pero con un gobierno interaliado, la Kommandantura, subordinada al Consejo de Control. De forma paralela se reafirmaron los principios sobre desmilitarización del país, su democratización, desnazificación y el establecimiento de un tribunal excepcional con sede en Nuremberg para juzgar a los principales jefes nazis. Por otra parte, Alemania quedaba sometida

a un estricto control económico y se determinaba el nivel de las reparaciones y la forma de pago. El funcionamiento del Consejo de Control y la ejecución de estas medidas dependía del grado de colaboración aliada, de ahí la importancia de redactar cuanto antes un Tratado de Paz definitivo. Otros temas de discusión donde las diferencias eran notables fueron: Europa Oriental, Irán, los Estrechos del Mar Negro, Tánger...

La guerra en Extremo Oriente centró buena parte de las reuniones de Potsdam. Los japoneses, a pesar de las derrotas y su agotamiento, resistían la ofensiva americana. El 26 de julio, Estados Unidos y Gran Bretaña -respaldados por China - enviaron un ultimátum a Tokio exigiendo su capitulación incondicional y amenazando, de lo contrario, con una pronta y total destrucción del país. Pocos sabían que la advertencia estaba relacionada con la bomba atómica. El rechazo japonés precipitó su empleo: el 6 de agosto fue lanzada sobre la ciudad de Hiroshima, causando 71.000 muertos, y el día 9 la acción se repitió sobre Nagasaki con cerca de 80.000. El 14 de agosto Japón aceptaba la rendición en los términos aliados.

La decisión del lanzamiento de la bomba atómica ha dado pie a distintos enfoques historiográficos. Para algunos, la primera razón de su uso era intimidar a la URSS más que vencer la resistencia japonesa. Japón, sugieren, se encontraba en el camino de la rendición e incluso mantenía contactos para la paz con Moscú, por lo cual emplearla como fórmula para terminar la guerra resultaba innecesaria. Su lanzamiento buscaba, concluyen, impactar a los soviéticos, enviándoles una advertencia sobre las consecuencias de posturas enemistosas hacia EEUU. Otros aseguran, sin embargo, que la bomba se empleó sólo para acabar el conflicto rápidamente y salvar, al no prolongarlo, el máximo de vidas americanas. Una consecuencia fortuita, afirman, fue la ansiedad provocada en los soviéticos. El arma atómica, puede concluirse en realidad, fue utilizada en primer lugar por razones militares y en segundo diplomáticas o internacionales.

Tal como prometió en Yalta, Stalin entró en guerra contra Japón, el 8 de agosto, tres meses después de finalizar el conflicto en Europa. La acción militar fue veloz: en pocos días, el Ejército Rojo penetró en Manchuria, Corea y en la isla de Sajalin y las Kuriles, tras obtener la derrota japonesa el día 20. La fuerza empleada por los soviéticos, su rapidez y amplitud de sus victorias, respondió en buena medida al temor de que -dada la superioridad atómica americana- Washington pretendiera ignorarles en el Extremo Oriente.

Los Aliados se separaron moderadamente satisfechos. Pero la atmósfera de Potsdam contrastaba con Yalta. El final de la guerra, la bomba atómica y la constatación de que -occidentales y soviéticos- representaban mundos distintos hacían presagiar un futuro difícil.

3. La creación de la ONU.

El fracaso de la Sociedad de Naciones para frenar las agresiones de los años treinta e impedir el estallido de la Segunda Guerra Mundial no disminuyó la confianza hacia el papel de las organizaciones internacionales para preservar la paz. Desde un principio, la política aliada reposaba en su compromiso por crear un nuevo organismo que garantizara la paz y la seguridad mundial. EEUU fue el principal artífice de un proyecto que conduciría a la ONU.

Desde la Carta del Atlántico a la Conferencia de Yalta, se fueron precisando las líneas de actuación, modalidades de organización interna y objetivos de la nueva institución mundial. Los Tres Grandes optaron por sustituir la Sociedad de Naciones, no por reformarla, estableciendo una nueva organización con mayores competencias, más representativas y eficaz. Asimismo, fijaron los mecanismos mediante los cuales garantizaban su predominio: la ONU estaría dirigida por un directorio de grandes potencias, los miembros permanentes del Consejo

de Seguridad (EEUU, Reino Unido, la URSS, Francia y China). La Conferencia de San Francisco (25 de abril-26 de junio de 1945) aprobó la Carta de la Organización de las Naciones Unidas, firmada por 51 Estados.

La Carta enunciaba los Propósitos y Principios de la ONU. Los Propósitos eran cuatro: a) mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales; b) fomentar entre las naciones relaciones de amistad; c) realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural y humanitario, y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; d) servir de centro que armonice los esfuerzos de las naciones por alcanzar estos propósitos comunes.

Los Principios, más numerosos, precisaban lo siguiente: 1) la organización se basaba en la igualdad soberana de todos sus miembros; 2) todos los miembros cumplirían las obligaciones contraídas de conformidad con la Carta; 3) los miembros arreglarían sus controversias internacionales por medios pacíficos y sin poner en peligro la paz, la seguridad o la justicia; 4) los miembros, en sus relaciones internacionales, se abstendrían de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra otros Estados; 5) los miembros prestarían a las Naciones Unidas toda la clase de ayuda en cualquier acción que ejerzan de conformidad con la Carta, y no ayudarían a Estado ninguno contra el cual la Organización estuviere ejerciendo acción preventiva o coercitiva; 6) ninguna disposición de la Carta autorizaría a la ONU a intervenir en los asuntos que son jurisdicción interna de los Estados, y 7) las Naciones Unidas harían que los Estados que no son miembros de la Organización, se conducirían de acuerdo con estos principios en la medida que fuera necesaria para mantener la paz y la seguridad internacionales.

La estructura interna de la ONU incluía los siguientes órganos:

- El *Consejo de Seguridad*, constituye el órgano principal y con mayor poder decisorio de toda la institución, siendo su papel fundamental para todas las cuestiones relativas al mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales. Inicialmente estuvo integrado por 11 miembros -5 permanentes y 6 no permanentes- pero a partir de 1966 se elevó a 15 al incrementarse el número de estos últimos. El Consejo de Seguridad adopta resoluciones obligatorias para los Estados miembros; en el caso de temas importantes -no de procedimiento-, sus resoluciones se constituyen por el voto afirmativo de siete miembros, comprendiendo los votos coincidentes de los permanentes. La Carta introducía, así, una importante innovación frente a la Sociedad de Naciones, al permitir que el Consejo de Seguridad adoptara decisiones obligatorias por mayoría cualificada, siempre y cuando, condición indispensable, los miembros permanentes estuvieran en esa mayoría. Era la regla de la unanimidad de las grandes potencias que se traducía, de hecho, en su derecho de veto y en el instrumento de su poder. Finalmente, el Consejo de Seguridad en sus labores para el mantenimiento de la paz tiene capacidad para reclutar un ejército a partir de los efectivos proporcionados por los miembros de la organización, así como imponer sanciones económicas a Estados agresores o que violan las normas internacionales. Las fuerzas de Naciones Unidas han realizado numerosas intervenciones para frenar conflictos armados, especialmente en Palestina, Congo, Chipre, Líbano, Cachemira... Estos ejércitos son también empleados para proteger al personal de las agencias de la ONU en misiones de ayuda humanitaria.

- La *Asamblea General*, representación de la democracia a escala internacional, es el principal órgano deliberativo y está integrado por delegados de todos los Estados miembros, cada uno de los cuales tiene derecho a voto. Goza de amplias competencias: elección de los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad, admisión de nuevos miembros, nombramiento del secretario general a propuesta del Consejo de Seguridad... Sin embargo, la Asamblea General sólo actúa por la vía de las recomendaciones que deben ser adoptadas por el

voto de la mayoría de los dos tercios de los miembros presentes y votantes.

- La *Secretaría*, órgano administrativo de las Naciones Unidas, presta sus servicios a los otros órganos, administrando los programas y políticas por ellos elaborados. Al frente de la Secretaría, figura el secretario general que juega una labor de coordinación en toda la organización y puede llegar a tener un papel político importante. El noruego Trygve Lie fue el primero en acceder al puesto (1946-1953), sustituido por el sueco Dag Hammarskjöld (1953-1961) quien tras morir en un accidente de avión en el Congo mientras encabezaba una intervención de Naciones Unidas fue reemplazado por el birmano U Thant (1961-1971). El austriaco Kurt Waldheim, convertido en secretario general entre 1971 y 1981, tuvo su continuador en el peruano Pérez de Cuéllar (1981-1991), a su vez sustituido por el egipcio Butros Butros Ghali (1992-1996), después el senegalés Kofi Annan (1997-2006), el surcoreano Banki Moon (2007-2016) y el actual, el portugués Antonio Guterres.

- Otros órganos de la ONU con competencias definidas eran el *Consejo Económico y Social* (coordinador de toda la labor económica y social de la organización), el *Consejo de Administración Fiduciaria* (supervisa la administración de los territorios bajo la administración fiduciaria) y la *Corte Internacional de Justicia* con sede en La Haya (órgano judicial de la ONU a la que pueden recurrir todos los Estados miembros e incluso los que no lo son). Por último, a las Naciones Unidas se añadirían los llamados organismos especializados por ella coordinados que abarcaban desde el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y la FAO, organización dedicada a la alimentación y la agricultura.

A pesar de todas las expectativas e ilusiones creadas, la ruptura del frente de los vencedores paralizará el funcionamiento de la ONU.

4. El resquebrajamiento de la colaboración aliada.

El resquebrajamiento de la colaboración aliada, y la tensión creciente entre Moscú y Londres y Washington, será patente en 1946: primero, en el lenguaje, luego, en los comportamientos y, finalmente, en las acciones emprendidas, en especial las de la URSS sobre Europa Oriental, Mediterráneo y Próximo Oriente.

a) Dos visiones antagónicas sobre la situación internacional: Stalin versus Churchill.

El 9 de febrero de 1946, Stalin recordaba -en un discurso público- cómo la victoria en la guerra había significado el triunfo del sistema soviético (no de los Aliados, según hasta ahora se decía), subrayando las profundas diferencias existentes entre el capitalismo y el socialismo, para concluir afirmando que la convivencia entre ambos era incompatible. La respuesta occidental llegaría a través de W. Churchill. El dirigente británico fue el primero en advertir la gravedad de la situación y reclamar la unidad de las naciones occidentales en torno a una política de firmeza frente a las iniciativas soviéticas. El 5 de marzo de 1946, en la Universidad de Fulton (Missouri), Churchill denunciaba en una conferencia -«Las fibras de la paz»- el telón de acero que desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, había caído sobre la Europa Oriental que, aislada del continente, vivía sometida no sólo a la influencia soviética, sino al control de Moscú. Esa tiranía quedaba señalada como el nuevo peligro del mundo. La URSS, según entendía el ex primer ministro británico, no deseaba una guerra, sino aprovecharse de los resultados del último conflicto y proceder a una expansión ilimitada de su poderío y de su

doctrina. Stalin calificó el discurso como un «acto peligroso», un «llamamiento a la guerra contra la URSS».

El enfoque de Churchill intervenía cuando en la administración norteamericana reinaba una amplia incertidumbre en torno a la política a seguir. Un debate oponía a los defensores del «postulado de Yalta», partidarios del espíritu de conciliación, y los del «postulado de Riga» (ciudad donde los Estados Unidos formaban a sus soviétólogos antes de 1939) para quienes el expansionismo dominaba a la Unión Soviética.

Entre los seguidores del «postulado de Riga» figuraba George Kennan -diplomático acreditado en la embajada norteamericana en Moscú-, quien a finales de febrero de 1946 definía, en un extenso telegrama, las claves de la política soviética y cuál era la necesaria respuesta. Kennan definía esa política como expansionista, pero prudente, y, en consecuencia, el primer objetivo de Washington debía ser contener esas tendencias con firmeza y vigilancia. Los soviéticos herederos de la ideología revolucionaria de 1917 pero también de las tradiciones internacionales de la Rusia zarista, buscaban un poder absoluto. Consideraban al mundo exterior hostil y estaban convencidos del antagonismo innato entre el capitalismo y el socialismo. Todo ello hacía imposible que Moscú pensara con sinceridad en una comunidad de objetivos entre la Unión Soviética y las potencias capitalistas. Desde luego sus dirigentes no descartaban «maniobras tácticas», pero el sentido último era la caída del capitalismo, intuida como inevitable y pacientemente perseguida. Para Kennan, frente a la presión soviética contra las instituciones del mundo libre, había que oponer una contención de fuerza acertada y paciente. Progresivamente Truman fue optando por esta óptica.

b) Las primeras pruebas de fuerza.

Las actuaciones de la URSS sobre Irán, Turquía y Grecia parecían confirmar el análisis de Churchill. La proyección soviética hacia el sur, presionando de una u otra manera a través de esos territorios, será contenida por los angloamericanos mediante una barrera política-económica en el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente.

Irán se convirtió -a la altura del invierno de 1945-1946- en el problema internacional más candente; un asunto donde se conjugaban factores políticos, geo-estratégicos y económicos, vinculados éstos al control de las explotaciones petrolíferas.

Durante la guerra, el territorio iraní había sido ocupado por los británicos (en el sur donde se encontraba su gran refinería, la Anglo-Iranian Oil Company) y los soviéticos (en el norte), con la doble intención de impedir que cayera bajo control alemán y asegurar una zona vital para el abastecimiento norteamericano a la URSS. En 1941, las partes ocupantes llegaron al acuerdo de retirar sus tropas seis meses después de finalizado el conflicto; posteriormente, la fecha quedó fijada para el 2 de marzo de 1946. Llegado el momento, la evacuación tropezó con graves dificultades, al negarse los soviéticos a salir del territorio. Por otra parte, Moscú estaba apoyando al partido comunista de Irán y alentaba, al mismo tiempo, el separatismo de otras regiones.

El 19 de enero de 1946 Irán recurrió ante el Consejo de Seguridad acusando a Moscú de injerencia en sus asuntos internos. El delegado de la URSS no sólo rechazó las acusaciones, sino que además protestó por la intervención británica en Grecia. En marzo la crisis de Irán llegó a su punto más candente. Los británicos, tras abandonar el territorio el día 2, protestaron ante el incumplimiento soviético de evacuación. También los Estados Unidos -en la nota más dura desde el final de la guerra- se sumaron a la denuncia. Stalin, sin embargo, no se daba por aludido e incluso ordenó el envío de nuevos contingentes al tiempo que se bloqueaban las carreteras para impedir el movimiento de las fuerzas iraníes.

Sorprendentemente, la URSS moderó sus posiciones: poco después anunciaba su disposición de retirar sus fuerzas, a cambio de que el Consejo de Seguridad abandonara la discusión. No obstante alcanzado el acuerdo, la crisis se complicó con el estallido de una revuelta en el sur del país que obligó a Londres a intervenir con sus fuerzas y a apoyar los movimientos claramente pro británicos. La cuestión iraní representaba la puesta en práctica de una nueva política anglosajona, una política de firmeza que impidió el basculamiento de Irán al campo soviético.

La URSS tampoco tenía intención de limitarse a una posición pasiva en el Mediterráneo Oriental. La tardanza de **Turquía** en declarar la guerra a Alemania *-in extremis*, el 25 de febrero de 1945- ofreció a Moscú la excusa para presionar al gobierno de Ankara. Por un lado, deseaba una rectificación de las fronteras en Anatolia, exigiendo la cesión de las provincias de Kars y Ardahan, antiguos territorios pertenecientes a la Rusia zarista. Por otro, reclamaba una defensa conjunta soviético-turca sobre los Estrechos a fin de garantizar a su flota de guerra la utilización sin restricciones del Bósforo y los Dardanelos. Para ello era preciso reformar la Convención de Montreux de 1936. La Unión Soviética presentaba sus exigencias el 7 de agosto de 1946, pero Turquía las rechazó, respaldada por los Estados Unidos. Truman respondería enviando a la zona un importante dispositivo naval, embrión de la VI Flota.

La preocupación por la seguridad en el Mediterráneo nacía también de los sangrientos acontecimientos de **Grecia**. El país heleno, bajo control militar de Gran Bretaña, vivía una violenta guerra civil que enfrentaba a la monarquía y fuerzas gubernamentales, respaldadas por el ejército británico y una guerrilla comunista firmemente emplazada en las franjas montañosas del norte. El panorama se agravó con la presencia del Ejército Rojo en los países vecinos y el auge del comunismo en las fronteras septentrionales de Grecia (Bulgaria y Yugoslavia) desde donde los guerrilleros recibían apoyo humano y material. La inquietud aumentaba en Londres, cada vez menos inclinado a permanecer en ese territorio por las dificultades económicas y financieras para sostener ese despliegue militar. La cuestión de Grecia permaneció abierta hasta 1947.

Un nuevo tema de enfrentamiento surgió en la cuestión atómica. Desde finales de 1945, Washington estudiaba la posibilidad de instituir una autoridad mundial que controlara la producción atómica y garantizara únicamente su uso pacífico. La creación, el 14 de enero de 1946, de la Comisión de la Energía Atómica de las Naciones Unidas, permitió a los Estados Unidos elaborar el **Plan Baruch**.

Este Plan -presentado a la Comisión el 16 de junio- proponía dejar bajo la ONU el control de la energía atómica: Naciones Unidas gozaría de un derecho de inspección sobre los países con producción atómica, y una capacidad de sanción contra los Estados que incumplieran lo pactado. Para evitar que cualquiera quedara al margen de esa supervisión y las sanciones, los miembros permanentes del Consejo de Seguridad no ejercerían su derecho de veto sobre este capítulo. Por último, EE UU se comprometían, una vez aprobado el Plan Baruch, a decidir cómo y cuándo interrumpirían la fabricación de su propio arsenal. Sin embargo la URSS rechazó el proyecto, presentando una contrapropuesta que a la larga fue también desestimada por Washington. La creación de un órgano que garantizara el uso pacífico de la energía atómica resultó imposible.

c) El final de la colaboración aliada.

Frente a estas discrepancias parecía existir un consenso con respecto a lo que podemos denominar como *Tratados de Paz menores* y el castigo a los criminales de guerra nazis. Ambos suponen las últimas zonas de colaboración entre los vencedores.

Siguiendo las disposiciones de Potsdam, el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores creado por los Aliados elaboraba los Tratados de Paz con las potencias vencidas. Después de varias reuniones preparatorias, quedó convocada la Conferencia de Paz (julio-octubre de 1946) en la que se fijaron las líneas básicas de los textos para los satélites de Alemania. El 10 de febrero de 1947 se firmaron en París los Tratados de Paz con Italia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Finlandia. Los relativos a Alemania y Austria quedaron postergados para próximas reuniones del Consejo.

Los Tratados de Paz firmados contemplaban cambios territoriales, algunos de los cuales favorecían enormemente a la URSS, el pago de reparaciones de los países derrotados, cláusulas militares sobre su desarme, el reconocimiento de los gobiernos de Rumanía, Hungría y Bulgaria y la evacuación de tropas extranjeras. En torno a esta retirada, se permitió a los soviéticos mantener sus tropas en Hungría y Rumanía, mientras durara la ocupación aliada de Austria para proteger las comunicaciones entre sus efectivos en territorio austriaco, con los existentes en la Europa Central y Oriental.

Por otra parte, el 20 de noviembre de 1945 iniciaba sus sesiones el Tribunal militar interaliado de Núremberg, constituido para juzgar a los principales líderes nazis. Un año después, el 1 de octubre de 1946, decretaba sus sentencias: 12 condenas a muerte (Goering, Rosenberg, Von Keitel, Ribbentrop, entre otros), 7 condenas a un número variable de años de prisión y 3 absoluciones. El proceso -al margen de las sentencias- revistió una doble significación. De un lado, introdujo cambios en el derecho internacional al definir nociones jurídicas nuevas, como la de crímenes de guerra, asumidas por Naciones Unidas el 11 de diciembre de 1946. De otro, Nuremberg fue el último acto solidario entre los occidentales y la Unión Soviética.

5. La Europa dividida de posguerra.

La construcción del orden de posguerra configuró una nueva fisonomía del mapa y del equilibrio europeo, por segunda vez en el siglo. Esta vez, sin embargo, la mediatización de Europa frente a las dos superpotencias privó a los europeos del protagonismo a la hora de diseñar la paz y les convirtió en actores subordinados durante la génesis y el desarrollo de la Guerra Fría. Desde esta perspectiva, los designios de Europa estuvieron ligados a la suerte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética y a la determinación de sus áreas de influencia sobre el viejo continente. La división de Europa sería una realidad durante varias décadas.

a) La evolución política de Europa Central y Oriental: el nacimiento del bloque comunista.

La evolución de la Europa Oriental estuvo caracterizada por el incumplimiento de los compromisos de Yalta y el control de la Unión Soviética que inició una progresiva satelización del territorio a través de los partidos comunistas. El resultado fue el establecimiento de un sistema de democracias populares.

Las circunstancias no favorecían la aplicación de la Declaración sobre la Europa liberada. La mayoría de los países del Este, excepto Checoslovaquia y Hungría, carecían de firme tradición democrática y burguesías consolidadas sobre las que apoyar los proyectos de libertad política. En otro orden, el papel jugado por los comunistas contra los regímenes colaboracionistas y el *III Reich*, les situaba como una fuerza emergente frente a otras opciones.

La estrategia de los partidos comunistas para conquistar el poder, aun con variaciones

nacionales, siguió un modelo similar. En una primera fase, alentaron una breve experiencia de pluralismo político. Moscú, que no pretendía una bolchevización inmediata, insistía en formalizar con otros partidos amplias coaliciones gubernamentales (Frente Patriótico, Bloque Nacional, Frente Popular...), respetando las formas democráticas pero donde los militantes comunistas ocupasen puestos claves (Interior, Defensa, Información...). Paralelamente se aplicaba un programa económico socialista radical. En una segunda fase a partir de 1947, los aliados gubernamentales fueron eliminados y se estableció el completo dominio comunista. El Ejército Rojo garantizaba un apoyo que, aunque no se traducía en intervenciones directas, tenía un gran valor político y psicológico. La ruptura aliada y el comienzo de la Guerra Fría fue lo que *empujó* a la absoluta de comunización.

En **Rumanía**, el partido comunista tenía escasos seguidores y la población mostraba un amplio sentimiento nacionalista y antisoviético. La alianza con el *III Reich* hacía necesario, según la Unión Soviética, reemplazar a la vieja clase política. En agosto de 1944, el rey Miguel, con la ayuda de comunistas y antiguos líderes democráticos (Iuliu Maniu, del Partido Nacional Agrario, y Constantin Bratianu, del Partido Liberal), terminaba, mediante un golpe de Estado, con los dirigentes colaboracionistas. Fruto de la nueva situación se formaba en diciembre, un gobierno de coalición - Frente Democrático Nacional-, presidido por el general Radescu. La solución no satisfizo a la URSS por las discrepancias de Radescu con sus ministros comunistas. En febrero de 1945, sólo días después de Yalta, Moscú intervino directamente sobre Bucarest: el subcomisario de Asuntos Exteriores, Vishinski, exigió al rey Miguel la formación de un nuevo gabinete encabezado por Petru Groza, líder del Frente de los Labradores, y ampliar el poder de los comunistas, amenazando, en caso contrario, con no garantizar la continuidad de Rumanía como Estado independiente. Miguel cedió. Las elecciones celebradas el 19 de noviembre de 1946 dieron el triunfo al Frente Nacional (comunistas, socialistas y campesinos) con un 89% de los votos y marcaron el proceso de liquidación de la oposición democrática y de la propia monarquía. En 1947, el control comunista sobre Rumanía era completo.

Bulgaria, al contrario que Rumanía, era un país de tradición filorrusa, con una importante implantación del partido comunista; era quizá el único lugar de Europa Oriental donde los comunistas habrían alcanzado el poder a través de unas elecciones libres. La Resistencia, dirigida por el Frente Patriótico, contó con el apoyo del Ejército Rojo para la realización de un golpe de Estado y la formación de un gobierno de Unidad Nacional, presidido por el coronel Kimon Georgiev, iniciándose así el control comunista en Bulgaria. A pesar de la escasa colaboración con los alemanes, la antigua clase dirigente, conservadora y monárquica, fue durísimamente perseguida. La transformación política fue rápida. En las elecciones de octubre de 1946, los comunistas -y grupos vinculados a ellos obtuvieron el 78% de los votos: su líder Georgi Dimitrov, ex-secretario general del Komintern, fue nombrado primer ministro. Un mes antes, a través de un referéndum, se había declarado la caída de la monarquía y la proclamación de la República Popular. En septiembre de 1947, el dirigente opositor Nikola Petkov fue ahorcado tras ser acusado de conspiración contra el Estado.

El control comunista en **Hungría** resultó más lento y gradual, y sin la represión de Bulgaria y Rumanía. Social y culturalmente, existía una tradicional desconfianza hacia Rusia, sobre todo entre una consistente clase media, mayoritariamente católica. Desde una perspectiva política, el partido comunista no había logrado una sólida implantación durante la etapa de entre guerras. Tras la ocupación soviética y la formación de varios gobiernos, en noviembre de 1945 se celebraron las primeras elecciones relativamente libres, correspondiendo el triunfo al Partido de los Pequeños Propietarios - un 57% los votos-, en una de las victorias más notables conseguidas por un partido anti-izquierdas en Europa. El 1 de febrero de 1946 quedaba

aprobada la nueva Constitución que establecía un sistema parlamentario, según un modelo occidental. Zoltán Tildy y Ferenc Nagy, ambos del partido agrario de los pequeños campesinos, se convertían, respectivamente, en jefe del Estado y primer ministro. Nagy confeccionó un gabinete con mayoría de representantes del partido agrario que incluía cuatro comunistas y cuatro socialdemócratas. Estados Unidos y Gran Bretaña reconocieron de inmediato el nuevo Gobierno. Hungría parecía encaminarse a un modelo en el cual la importante presencia soviética podía compaginarse con prácticas políticas pluralistas, en medio de un clima de colaboración internacional.

No fue así. La política de compromiso de Nagy desapareció cuando los comunistas cambiaron de actitud. Comenzaron a actuar autónomamente dentro del Gobierno, alentaron la división de los partidos gobernantes y controlando los ministerios de Interior y Defensa desencadenaron, en diciembre de 1946, una ola de detenciones contra los militantes del Partido de los Pequeños Propietarios (entre ellos, Kovacs, otro de sus dirigentes). Aprovechando un viaje de Nagy al extranjero, los comunistas obligaron a dimitir al ejecutivo y tras convocar nuevas elecciones en agosto de 1947 a las que se presentaron en un bloque de partidos populares, obtuvieron una amplia mayoría. En julio de 1948 el presidente Tildy, último representante del régimen pluralista, fue obligado a abandonar el cargo y el partido comunista pasó a dominar la vida política.

En **Polonia**, siguiendo el marco fijado en Yalta, el 28 de junio de 1945 tras largas discusiones, se logró la formación del gobierno provisional de unidad nacional integrado por 21 ministros (16 pertenecientes al comité de Lublin y el resto miembros de la emigración o de otros partidos burgueses) presidido por el socialista Edward Osobka-Morawski y con dos vicepresidentes, Gomulka, comunista, y Stanislaw Mikolajczyk, líder del Partido de los Agricultores Polacos.

El gabinete actuó en dos direcciones. Por una parte, prosiguió la reforma agraria y distribución de tierras del año anterior y emprendió una operación cauta de nacionalizaciones y de reconstrucción e industrialización, con la ayuda de la URSS. Por otra, debían celebrarse elecciones, tal y como se aprobó en la reunión de Crimea y en torno a las cuales presionaban británicos y norteamericanos. Los comunistas - y su partido el POUP- intentaron elaborar una lista única del bloque gubernamental, sin éxito dado el rechazo de Mikolajczyk, representante de los ideales de una Polonia democrática, libre e independiente, amiga de la URSS pero no sometida al comunismo. Su partido que había comenzado por ser de izquierdas fue convirtiéndose en un símbolo de resistencia nacionalista.

El dominio comunista se había hecho evidente desde la liberación del territorio, y con él, la influencia de la Unión Soviética. El 19 de septiembre de 1945, el gobierno ratificaba el Tratado de amistad, asistencia mutua y colaboración firmado el 21 de abril con Moscú. Gradualmente, pero de forma inexorable, a través de arrestos y manipulación de las listas electorales, el POUP se convirtió en la fuerza dominante del bloque democrático que preparaba los comicios. En enero de 1947, cuando el gobierno se sintió seguro de la victoria, realizó las elecciones. Su resultado completó la comunistización de Polonia: los partidos coaligados (comunistas, socialistas, partido democrático y partido agrario) obtuvieron el 80% de los votos y 392 escaños mientras el Partido de los Agricultores Polacos, el 10,3% y 27 escaños. Londres y Washington acusaron al gobierno de no haber respetado los compromisos de Yalta y Potsdam y declararon que las elecciones no podían ser consideradas como un exponente de la voluntad popular. Pero no hubo reacción. La derrota en las urnas obligó a Mikolajczyk a huir a Londres, mientras se confirmaba el dominio comunista.

Los acuerdos de Yalta preveían asimismo el pluralismo para **Yugoslavia**. Tampoco

aquí se cumplieron sus objetivos. Este país balcánico presentaba una situación de partida especial. A diferencia de otras zonas, Yugoslavia había sido liberada sin intervención de tropas extranjeras, por la acción guerrillera de las fuerzas partisanas -Frente Popular de Liberación- de Josep Broz (Tito), secretario del Partido Comunista desde 1937. Cuando el Ejército Rojo entró en Yugoslavia ya se había expulsado a los alemanes. Este triunfo permitió a Tito gozar de una independencia superior a cualquier otro líder comunista y completa libertad para implantar un poder absoluto desde el cual emprender un proceso de transformación político-social. Pocos dudaban, al final de la guerra, que Yugoslavia tendría un régimen socialista. No obstante, Tito en principio prefirió seguir las formas democráticas para no contrariar a las grandes potencias: el 5 de marzo de 1945 formaba un gobierno de unidad nacional, fijando las elecciones para el 11 de noviembre. En realidad, de los 28 ministros, 23 pertenecían al partido comunista y fuerzas aliadas, incluidos en un llamado Frente Popular.

El panorama cambió de inmediato. Tito, verdadero libertador de su país y que no se mostraba dispuesto plenamente a seguir los consejos soviéticos, descartó una vía gradual para la afirmación del poder comunista. Durante la campaña electoral los partidos de la oposición - radicales, demócratas serbios y Partido Croata de los Campesinos- fueron perseguidos y sus mítines boicoteados. Ante esta situación, optaron por retirar sus listas, presentándose únicamente las candidaturas del Frente Popular. Desde ese instante el proceso de legitimación del régimen de Tito se aceleró. El 11 de noviembre de 1945, el Frente Popular triunfó en las elecciones obteniendo el 90% de los votos; el 29, la nueva Asamblea Constituyente proclamó la República Popular Federativa de Yugoslavia y eligió un nuevo gobierno presidido por Tito. El 31 de enero de 1946 se aprobó la nueva Constitución según el modelo de la soviética de 1936. Junto al cargo de primer ministro, Tito asumía la cartera de Defensa, se convertía en comandante en jefe del ejército, líder del Frente Popular y del Partido Comunista. Paralelamente, contenía el problema nacionalista al asegurar a los distintos grupos nacionales yugoslavos una representación específica en la Cámara de las Nacionalidades, uno de los órganos de la Asamblea.

La construcción de un Estado democrático de corte occidental y las buenas relaciones con la Unión Soviética eran las principales características de la **Checoslovaquia** restaurada. Ambas aspiraciones no resultaban nuevas: en los años previos al conflicto, Checoslovaquia había sido un ejemplo de experiencia democrática -que contrastaba con las fórmulas fascistas del entorno-, esforzándose por establecer vínculos de buena vecindad con Moscú: Eduard Benes, presidente en el exilio firmaba en 1943 un tratado de amistad con la URSS. En la posguerra, Praga veía en la creación de un área de influencia soviética en el Este una garantía de seguridad para el país. Por estas mismas razones -tradiciones democráticas y colaboración con la URSS- los comunistas, a pesar de su fuerte presencia optaron por no obstaculizar el proceso político.

Cuando Benes regresó al país confió el gabinete al socialdemócrata Fierlinger quien constituyó un gobierno de coalición donde los comunistas tenían sólo 8 carteras de un total de 25, aunque controlaban, por ejemplo, la de Interior, en manos de Gottwald. Las elecciones celebradas en un clima de normalidad en mayo de 1946 dieron un triunfo a los comunistas: el nuevo gobierno, presidido por Gottwald, seguía teniendo una minoría de miembros del partido comunista que seguía apostando por la equidad y la moderación. Desde Occidente se contemplaba a Checoslovaquia como un ejemplo de convivencia y pluralismo: la presencia en el gabinete de Jan Masaryk -ministro de Asuntos Exteriores- y de Eduard Benes en la jefatura del Estado eran garantías suficientes. En 1947, Checoslovaquia estaba fuera de la comunización de Europa Oriental. Sólo el cambio de estrategia de los comunistas en 1948, en un clima de Guerra Fría terminó dramáticamente con esta experiencia.

En **Albania**, tras la huida de las últimas tropas alemanas, los partisanos comunistas controlaban casi la totalidad del país, excepto algunas zonas en manos de los seguidores del rey Zog. A finales de 1944 fueron completamente reducidos. Con este dominio, Enver Hoxha, secretario general del Partido Comunista albanés formó un Frente Democrático que el 2 de diciembre de 1945 triunfó en las elecciones, con un 93% de los votos. El 11 de enero de 1946 se proclamaba la República Popular Socialista.

b) El surgimiento de la cuestión alemana.

El futuro de Alemania se convirtió en la principal cuestión de discusión entre los Aliados, conscientes de que la futura situación de Europa dependería en gran medida del control ejercido sobre este territorio.

Los Tres Grandes en Potsdam habían adoptado dos principios fundamentales sobre Alemania: su no desmembración y su división provisional en zonas de ocupación hasta la firma definitiva del Tratado de Paz.

Los problemas aparecieron pronto. Esa tutela común aliada implicaba una concertación cuatripartita en cuanto a la política a desarrollar, pero salvo la desnacificación, las divergencias eran palpables en todos los temas. El Consejo de Control era incapaz de funcionar como órgano de coordinación, sumiéndose en la paralización: cada potencia gobernaba su zona autónomamente en función de objetivos particulares, y en un clima cada vez de mayor desconfianza.

La Unión Soviética adoptó las primeras medidas unilaterales. Por una parte, organizó políticamente su zona, autorizando el establecimiento de partidos para legitimar el funcionamiento del partido comunista alemán (KPD) que de inmediato buscó la colaboración con otras formaciones para alcanzar una base política mayoritaria. Fruto de ese planteamiento lograba, en abril de 1946, una fusión con los socialdemócratas (SPD), creando el partido de unidad socialista (SED) que acabó dominando la vida alemana oriental. Se habían puesto las bases para el desarrollo de una democracia socialista. Al mismo tiempo la URSS introducía en su zona reformas radicales socio-económicas, transformando las estructuras agrícolas e industriales: reforma agraria, nacionalización de la industria, banca y minería. Los occidentales, como réplica, opusieron el surgimiento de instituciones liberales y capitalistas. En agosto de 1945 franceses, británicos y norteamericanos restablecían los partidos políticos alemanes: socialdemócratas (SPD), liberales (FPD), demócratacristianos (CDU/CSU) y comunistas (KPD).

Las discrepancias surgen respecto a las reparaciones y el futuro económico del país. Los Estados Unidos renuncian rápidamente al plan elaborado durante la guerra por el secretario del Tesoro, Morgenthau que preveía un desmantelamiento industrial y el pago de pesadas reparaciones, optando por la reconstrucción de una Alemania próspera y fuerte. Los soviéticos, condicionados por las exigencias de su propia reconstrucción, aplican una política durísima de reparaciones: si en un principio se limitaron a apropiarse de maquinaria y materias primas, posteriormente absorbieron las principales empresas, desmontándolas y trasladándolas a la URSS. Ante esta ruptura de objetivos, Estados Unidos decidió fusionar económica y administrativamente su zona con la británica: el 1 de enero de 1947 comenzaba a funcionar la «bizona».

A los problemas de la ocupación, se añade el fracaso de los ministros de Asuntos Exteriores para elaborar el Tratado de Paz con Alemania: ni en la reunión de Londres (septiembre-octubre de 1945), ni en la de París (abril-mayo y junio-julio de 1946), ni en la de

Moscú (marzo-abril de 1947) ni Londres (noviembre-diciembre de 1947) hubo acuerdo entre los Aliados. Las confrontaciones eran evidentes en cuanto al futuro gobierno de Alemania: Francia rechazaba toda idea de unificación por considerarla una grave amenaza a su seguridad, inclinándose por una Alemania fraccionada, descentralizada. Se oponía a cualquier germen de una futura administración central. Los anglosajones se pronunciaban por una estructura federal fuerte con autoridad soberana sobre asuntos exteriores, economía y finanzas. Los soviéticos apostaban por un Estado muy centralizado, un gobierno panalemán sobre un territorio reunificado: una Alemania unida caería fácilmente bajo la influencia de Moscú dado el proceso de comunización emprendido en la Europa Oriental.

En un clima de tensión provocado por el bloqueo de Berlín -que veremos más adelante-, británicos, franceses y americanos deciden superar sus discrepancias: en verano de 1948, Londres, París y Washington unifican sus zonas de ocupación, crean una moneda común -el marco alemán- y organizan elecciones a una asamblea constituyente, abriendo el camino a la constitución de un Estado alemán occidental. Una comisión integrada por representantes de los *landers* (regiones), presenta un proyecto de Constitución en 1949 aceptado por los occidentales.

El acuerdo resulta igualmente imposible en cuanto al Tratado de Paz con Austria, ya que los soviéticos reclaman el control de una gran parte de la economía, que sus aliados rechazan.

c) El triunfo de la democracia en Europa Occidental.

Los países de la Europa Occidental resurgen de la guerra revitalizando sus instituciones democráticas y parlamentarias, en un marco de dificultades económico-financieras cuya intensidad varía según los casos nacionales. Con pocas excepciones, caso de España, se convocarán rápidamente elecciones legislativas a las que concurrirán un importante número de partidos, entre los que estarán los comunistas. En algunos Estados los partidos comunistas obtendrían importantes triunfos electorales (como, por ejemplo, Francia e Italia), participando incluso en las coaliciones gubernamentales. No obstante, a raíz de estos procesos políticos - y conforme se normaliza la vida institucional- se irán formando dos grandes frentes político-ideológicos: un bloque socialdemócrata y un bloque liberal-conservador. Aunque separados por idearios opuestos en muchos temas, ambos establecerán un consenso para afrontar los retos que sus respectivos países debían superar y satisfacer las demandas y anhelos de las sociedades, especialmente en materia económica. El resultado será la aplicación y difusión de los principios recogidos en el modelo del *Estado del Bienestar*.

De los Estados occidentales hay que destacar el logro de estos objetivos en el Reino Unido y Francia.

En el **Reino Unido** el curso político está determinado por las elecciones de julio de 1945 que, para gran sorpresa, supusieron la derrota de los conservadores y el triunfo del laborismo. A pesar de la popularidad de Winston Churchill -y de ser reconocido universalmente como uno de los artífices de la victoria militar-, los británicos identificaban al partido conservador con el inmovilismo de los años treinta y las decisiones más duras sufridas en la guerra que, no obstante, habían sido adoptadas en el seno de un gabinete de unidad nacional con participación laborista. Por el contrario, el partido laborista supo concitar la ilusión del electorado, presentando un programa de cambio político, basado en la aplicación de un plan quinquenal que preveía una acción sistemática de nacionalizaciones y un conjunto de medidas sociales tendentes a ampliar la protección de individuo y el núcleo familiar.

El nuevo gobierno -presidido por Clement Attlee- afrontará una situación muy

delicada: junto a los problemas derivados de las cuestiones de Ultramar (descolonización de India, Pakistán, Ceilán) destaca la grave situación financiera. Londres necesitaba desesperadamente a Estados Unidos para obtener créditos que permitieran la reanudación de la producción nacional, el despegue económico y la ejecución de su gran programa reformistas. Solucionados momentáneamente esos problemas gracias al préstamo norteamericano, el laborismo puso en marcha las líneas del cambio. Por una parte, se afrontó el paquete principal de nacionalizaciones: en 1946, el Banco de Inglaterra, telégrafos, aviación civil, carbón, sector eléctrico, en 1947 los transportes y el gas y en 1949, el acero. Por otra, se construye el nuevo Estado de Bienestar: completa asistencia médica y otras ayudas familiares, reconstrucción de viviendas, mejora del sistema escolar y toda una legislación destinada al pleno empleo de la clase trabajadora.

Los resultados de este esfuerzo transformador fueron desiguales. Las nacionalizaciones no produjeron cambios profundos en las estructuras del país: el 80% de la industria seguía en manos de particulares y poco o nada cambiaba en la administración de las industrias nacionalizadas. Además, la grave crisis económica bloquea estas iniciativas: el alto costo de las reformas, las dificultades de las balanzas de pagos y el duro invierno de 1946-1947 crearon una situación próxima a la bancarrota. En febrero de 1947, 2.000.000 de trabajadores estaban en el paro al quedar paralizadas las principales industrias. La superación de la crisis vendrá de la mano, nuevamente, de Estados Unidos, pero esta vez en el cuadro del Plan Marshall. Sólo a partir de 1948, la situación se normalizó, creándose las condiciones para la expansión económica patente desde 1950.

La liberación de **Francia** supuso el inicio de una nueva etapa en la historia del país: el 25 de agosto de 1944, se instala en París el gobierno provisional de la República Francesa presidido por el general De Gaulle - héroe de la lucha contra la ocupación y colaboración - e integrado por miembros de la Resistencia interior y exterior.

De Gaulle se plantea inmediatamente dos prioridades: restaurar el Estado y reintroducir a Francia en el «club» de las grandes potencias. Respecto a la primera cuestión, la autoridad del Estado se encontraba gravemente amenazada por la forma en que se producía la liberación del territorio: al colapso de Vichy, se añade la acción descoordinada y represiva de los comités de liberación que convertidos en poderes de hecho, ejercen labores de policía y forman tribunales populares para juzgar sin ninguna garantía jurídica a colaboracionistas y simpatizantes del ocupante alemán. El gobierno provisional actuará enérgicamente: comisarios de la República son enviados a los departamentos para restablecer el orden; De Gaulle recorre las provincias imponiendo su capacidad política, los grupos guerrilleros son desarmados y se crean jurisdicciones regulares poniendo fin a las depuraciones salvajes. En diciembre de 1944, las autoridades de París tenían el control completo sobre el territorio. En política exterior, se logra obtener una zona de ocupación en Alemania y la inclusión como miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. No obstante, Francia continúa siendo enonamente dependiente de las grandes potencias, especialmente en el terreno económico.

El siguiente paso -superados los momentos más duros- se centró en fijar las bases sobre las que se organizaría la vida política del país: es decir, elaborar la futura Constitución de Francia y el establecimiento de un nuevo sistema de partidos. Inicialmente, la idea giraba en torno a la creación de un gran partido de la Resistencia (desde demócratas-cristianos a comunistas) capaz de aplicar el programa del Comité Nacional de la Resistencia, órgano coordinador de la lucha frente a la ocupación y el colaboracionismo. Ese programa preveía profundizar en la democracia y transfonnar las estructuras económicas, en base a una política de nacionalizaciones y planificación. Todas estas intenciones fracasan. Con la llegada de la liberación, resulta imposible pensar en un único partido, imponiéndose el regreso a un sistema

pluripartidista. Tres formaciones dominan el panorama en 1945: el partido comunista (PCF), la fuerza que con más auge surge de la guerra; los socialistas de la SFIO y el movimiento republicano popular (MRP), un partido de inspiración demócrata-cristiana, con una inclinación izquierdista. El 21 de octubre de 1945 se celebran las primeras elecciones en las que los franceses rechazan mantener la III República y eligen una Asamblea Nacional constituyente - donde comunistas, socialistas y demócratacristianos obtienen porcentajes similares- encargada de redactar el próximo texto constitucional.

Desde ese instante la situación se complica. De Gaulle, que hasta entonces encarnaba la legitimidad nacional, se ve obligado a entenderse con esos tres partidos que integran el nuevo gobierno por él presidido. Pero las diferencias son evidentes: mientras el PCF, la SFIO y el MRP estiman que en la futura Constitución debe quedar señalado el papel esencial del Parlamento, y con él el de los partidos políticos, De Gaulle rechaza gobernar dependiendo de la Asamblea Nacional y aboga por un ejecutivo fuerte, relativamente independiente del Parlamento y de los partidos. Son dos concepciones diferentes de la vida política. La falta de acuerdo conduce a De Gaulle a dimitir de la jefatura del gobierno - 20 de enero de 1946-, poniéndose fin a la unión nacional en torno a los ideales de la Resistencia.

El tripartidismo aparece como la nueva fórmula gubernamental: comunistas, socialistas y demócratacristianos se comprometen a dirigir el país. La redacción del texto fundamental acapara su actividad. Tras varios proyectos, el 13 de octubre de 1946, la nueva Constitución queda aprobada, abriéndose el camino hacia la institucionalización de la IV República. La Constitución creaba una Asamblea Nacional con amplios poderes, un presidente de la República con capacidad política limitada y un gobierno controlado en exceso por la institución parlamentaria y los partidos. La IV República nacía con muchos interrogantes sobre su viabilidad y en un contexto de graves dificultades políticas.

Entre el modelo británico y francés surgirá el nuevo sistema político de **Italia**. Tras el hundimiento del régimen fascista, el rey Víctor Manuel se vio obligado a abdicar en favor de su hijo en 1944 (Pacto de Salerno). La inestabilidad italiana se mantuvo hasta la definitiva liberación del territorio.

La incertidumbre sobre el futuro del país terminó, por el momento, con el referéndum y las elecciones del 2 de junio de 1946. Por el primero los italianos decidieron por 12,7 millones a favor y 10,7 en contra, abolir la Monarquía y proclamar un régimen republicano. Por las segundas se eligió una Asamblea constituyente, con mayoría de izquierdas encargada de elaborar una Constitución. Su texto entró en vigor el 1 de enero de 1948, considerándose una de las constituciones más innovadoras de la época. Nacía así la I República Italiana, cuyos dirigentes hicieron frente al proceso de reconstrucción nacional tan urgente como necesario.

II. LA GUERRA FRÍA Y EL SISTEMA BIPOLAR

El 12 de marzo de 1947, y tras una minuciosa preparación de la opinión pública, el presidente norteamericano Truman se dirigió al Congreso de EE UU para anunciar un cambio importante en los objetivos y estrategia de la política exterior. El discurso duró veintiún minutos y de su contenido se destacan estas frases:

- «Uno de los objetivos fundamentales de la política exterior de EEUU es la creación de condiciones en las cuales nosotros y otras naciones podamos forjar una manera de vivir libre de coacción [...]. Sin embargo, no alcanzaremos nuestros objetivos a menos que estemos dispuestos a ayudar a los pueblos libres al mantenimiento de sus instituciones libres y de su integridad nacional [...]. A la población de toda una serie de Estados les ha sido impuesto, contra su voluntad, un régimen totalitario [...].»

- «Si dejáramos de ayudar a Grecia y a Turquía en esta hora decisiva las consecuencias, tanto para Occidente como Oriente, serían de profundo alcance [...]. Por lo tanto, pido al Congreso autorización para ayudar a estos dos países con la cantidad de 400 millones de dólares durante el período que termina el 30 de junio de 1948 [...].»

- «Si vaciláramos en nuestra actual posición de líder arriesgaríamos la paz mundial y pondríamos seguramente en peligro el bienestar de nuestra propia nación. El rápido transcurso de los acontecimientos nos ha impuesto una pesada responsabilidad.»

A través de las palabras del dirigente norteamericano se ponían de manifiesto claramente tres ideas: *a)* se habían roto en Europa los compromisos contraídos en Yalta y Potsdam; *b)* del enfrentamiento bélico propio de la guerra, se había pasado a la confrontación ideológica entre dos modelos: el que defendía y protegía la *libertad* y el que imponía el *totalitarismo*; *c)* los acontecimientos en Grecia y Turquía representaban la primera prueba de fuerza, el primer lugar en el que se estaba produciendo ese nuevo tipo de lucha y ello exigía la inmediata respuesta de EE UU, basada en la *contención contra el totalitarismo*, es decir, contra el comunismo representado por la URSS de Stalin. De esta manera nació la *Doctrina Truman* y con ella se iniciaba el camino que conduciría a la *Guerra Fría*.

1. Las iniciativas norteamericanas: doctrina Truman y Plan Marshall.

El 21 de febrero de 1947 el gobierno británico enviaba una nota, por medio de su embajador en Washington, al Secretario de Estado norteamericano, general Marshall, en la que le comunicaba la decisión de suspender la ayuda militar que venía dispensando a Grecia y Turquía desde el verano de 1946, según el compromiso adquirido por Londres.

Este evento debe ser valorado de forma muy diferente a como se ha hecho hasta el momento. En primer lugar, la *retirada* británica de la línea de resistencia occidental en Grecia y Turquía suponía también la retirada de las potencias europeo-occidentales de los asuntos internacionales en favor de EE UU, que en el futuro se encargaría de dirigir y coordinar las acciones del bloque occidental en todo el mundo. Era también el símbolo más claro de la *decadencia* de Europa y lo europeo en el mundo, algo ya anunciado en 1918-1919 y patente en 1947. Era también, de una forma más concreta, *el final del Imperio británico*, mantenido y

fortalecido desde el siglo XIX, y en 1947 imposible de defender y mantener ante las graves dificultades económicas y las reivindicaciones nacionalistas; la independencia de la India, la *perla del Imperio*, en 1947 puede ser considerado otro símbolo de esa decadencia.

El vacío de poder dejado por los británicos debería ser ocupado de forma inmediata. En EE UU, no obstante, aún existían dudas sobre cuál debía ser su actitud ante los acontecimientos que se estaban desarrollando en Europa. La situación ya había sido denunciada por Churchill en su discurso de Fulton. Aún y así la desmovilización de las fuerzas norteamericanas en Europa había continuado y a principios de 1947 sólo había 391.000 soldados frente a los 3,1 millones que permanecían en territorio europeo al finalizar la guerra. Frente a ellos permanecían en la Europa Oriental más de seis millones de soldados del Ejército Rojo.

En el Departamento de Estado pronto comenzaron a estudiarse las respuestas que habrían de adoptarse ante la decisión británica. Sin duda, no sólo la situación en Grecia y Turquía era grave. El progresivo afianzamiento del poder de los partidos comunistas en varios países de la Europa Oriental; el avance en China de los ejércitos de Mao, sin contención posible; en el Sudeste asiático, Ho Chi Minh pretendía terminar con la presencia colonial francesa; en la península malaya, los comunistas triunfaban sobre los británicos en la rebelión que habían iniciado; en Filipinas los comunistas atacaban al ejército nacional en una permanente guerra de guerrillas y, en Europa Occidental, los partidos comunistas obtenían importantes triunfos electorales e incluso se integraban en gobiernos de coalición (Finlandia, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Grecia, Islandia, Noruega y Dinamarca más Italia y Francia).

Tanto Marshall como, sobre todo, el subsecretario, Dean Acheson decidieron que había que intervenir para *contener* la expansión del comunismo, tal y como ya había preconizado G. F. Kennan en su largo telegrama. El propio Acheson veía así la situación a principios de 1947:

«Había muy pocas posibilidades de que las instituciones políticas y económicas de Europa Occidental pudiesen sobrevivir a la escasez de los más elementales productos y a la natural frustración de sentirse incapaces de procurarse recursos en el extranjero. A excepción de Gran Bretaña, lo más probable era que el poder pasara a manos de aquellos que tuviesen la audacia y las organizaciones necesarias para asumirlo, con el apoyo extranjero.»

Es en este contexto en el que se inscribe la *Doctrina Truman*.

Los planteamientos expresados en su discurso fueron bien acogidos por congresistas y senadores. Se ponía en marcha la estrategia de contención del comunismo, pero también el inicio de una nueva era en la política exterior norteamericana. Una política exterior que contaba con un instrumento clave: el monopolio nuclear.

En otros sectores las reacciones fueron diversas. La prensa norteamericana acogió el discurso con gran entusiasmo, pero algunos sectores lo interpretaron como una medida de fuerza en el mejor caso o como una declaración de guerra a la URSS. En la ONU la declaración no fue bien acogida, pues la situación de Grecia estaba siendo sometida a examen en el Consejo de Seguridad, por lo que la acción norteamericana, al margen de Naciones Unidas y sin previo conocimiento de ésta, resultó un duro golpe a la reciente historia de la Organización. En Europa las reacciones fueron calificadas de reserva y de oposición, en otros casos. Las reservas se expresaban por una gran parte de los partidos y líderes políticos por la presunción norteamericana de asumir ciertas responsabilidades en Europa, alentando el enfrentamiento con los soviéticos. De oposición manifiesta fueron las declaraciones de los partidos comunistas y algunos líderes de izquierda. Frente a ellos el apoyo más claro se encontró en los partidos conservadores y en el seno de las fuerzas armadas. La oposición más contundente llegaría de Moscú.

La intervención norteamericana en Europa pronto se hizo sentir. En las conversaciones que se desarrollaban en el seno de la conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de las potencias aliadas, las discrepancias y enfrentamientos entre los soviéticos y las potencias occidentales comenzaron a hacerse más evidentes. Los comunistas abandonaban los gobiernos de Francia e Italia. La presencia militar norteamericana aumentaba de forma decidida. No obstante, persistía un grave problema en el continente: la escasez de alimentos y de combustible, unido a la falta de recursos financieros para volver a poner en funcionamiento la maquinaria industrial podía ser un grave obstáculo a los planes norteamericanos. Era necesaria, pues, una nueva iniciativa norteamericana.

a) El Plan Marshall.

EE UU había concedido a Europa Occidental desde el final de la guerra una ayuda de más de 4.500 millones de dólares, más otros 6.800 millones en forma de crédito. A pesar de ello la situación económica de Europa no mejoraba y los índices de producción agrícola e industrial descendieron en todos los países. Más importante era aún la situación de la población, pues el hambre, la desnutrición y las enfermedades de miles y miles de europeos estaban creando una situación límite. Todo ello hizo que Dean Acheson comenzara a elaborar unos nuevos planes de ayuda económica, que expuso de forma general en mayo de 1947 ante un numeroso grupo de granjeros en el sur de EE UU. El lugar era lo menos importante, lo que sí resultaba fundamental era conocer la reacción de la opinión pública.

El apoyo dado por empresarios, agricultores y sindicatos permitió el anuncio público del *Plan Marshall*.

El lugar escogido fue la Universidad de Harvard, centro al que había sido invitado el general Marshall para ser investido doctor *honoris causa*. El 5 de junio de 1947, el Secretario de Estado expuso ante el numeroso público asistente los objetivos de su propuesta: *a)* la necesidad de ayudar a Europa para que superase las consecuencias sufridas por la guerra; *b)* la importancia de dar confianza a los ciudadanos europeos en el futuro; *c)* el papel clave que tenía EE UU en el logro de estos objetivos, no sólo por su poder económico y las repercusiones que la situación europea podían tener en el país, sino también por su posición en el mundo; *d)* la ayuda era ofrecida a todos los países y no iba dirigida contra nadie, pero si alguien la obstaculizaba se encontraría con la oposición norteamericana; y *e)* las peticiones de ayuda debían de hacerse desde Europa y por los europeos.

Tras un primer intercambio de puntos de vista entre franceses, británicos y soviéticos, se decidió responder a la propuesta norteamericana convocando una reunión en París el 27 de junio. En ella quedó patente que la URSS rechazaba la ayuda norteamericana por las condiciones que el gobierno norteamericano exigía. En julio se constituyó un Comité Europeo de Cooperación Económica (CECE), encargado de elaborar un informe sobre las demandas que desde Europa se podrían hacer a EE UU. Tras un intenso trabajo, en septiembre de presentó *el Informe de París*. En él se establecían cuatro objetivos: *a)* aumento de la productividad agrícola e industrial hasta alcanzar los niveles de antes de la guerra; *b)* estabilidad financiera; *c)* cooperación económica entre los países participantes y *d)* solución al problema del déficit en dólares a través de la expansión de las exportaciones. Mientras, en EE UU, varias comisiones trabajaban en la elaboración del plan propuesto. En diciembre de 1947 el presidente Truman envió un mensaje al Congreso reiterando la necesidad del apoyo norteamericano a Europa, en beneficio del mundo libre y de los propios intereses de EE UU.

El Congreso trabajó rápidamente y el 3 de abril de 1948 Truman firmaba la *Foreign Assistance Act*, conocida más popularmente como el *Programa de Recuperación Europea*. El 16 de abril de 1948 se firmaba en París el convenio consultivo que creaba la Organización

Europea de Cooperación Económica (OECE), una institución que a partir de ese momento se encargaría de aplicar la ayuda norteamericana y el foro de nuevas iniciativas de cooperación europeas que hay que relacionar con el proceso de integración económica de Europa Occidental, que tendría un primer resultado en 1951 con la firma del Tratado CECA.

La ayuda norteamericana se concedió a dieciséis países (excluyéndose a España, Finlandia y los países controlados por la URSS, que no la aceptaron o, como Checoslovaquia o Polonia, fueron obligados a rechazarla). El Plan Marshall estuvo vigente oficialmente entre 1948 y 1952, destinándose una cantidad de 13.150 millones de dólares al programa de reconstrucción, aunque hasta 1955 siguió llegando ayuda directa. Al principio se puso mayor interés en la provisión de artículos alimenticios, forrajes y fertilizantes, y posteriormente fueron tomando prioridad las materias primas industriales y los productos semifabricados. Casi el 70% de los productos enviados a Europa procedieron de EE UU y la proporción alcanzó el 98% en lo que se refiere a vehículos y maquinaria, con los correspondientes beneficios para la economía norteamericana. Los países que más ayuda recibieron fueron Gran Bretaña, Francia, Italia y la República Federal de Alemania. Por último, es necesario destacar cómo desde 1950 la ayuda militar se elevó muy sustancialmente y, entre ese año y 1955, ésta se elevó a más de 11.000 millones de dólares.

El dirigente británico W. Churchill afirmó que el Plan Marshall había sido «el acto más generoso de la historia». Hoy sabemos que este programa de reconstrucción europea tuvo otras intenciones. EE UU había salido de la guerra muy fortalecido económicamente; su maquinaria productiva, el reembolso de las deudas aliadas y la producción agrícola podrían verse frenadas si no aumentaba la demanda de mercancías y productos agrícolas norteamericanos, y ésta sólo podría venir de Europa. Era necesario, pues, a través de una política keynesiana, promover la recuperación europea por medio de nuevos créditos y donaciones, hasta que su actividad pudiera recuperarse y se consiguiera la tan necesaria estabilidad económica. Por otro lado, la estructura económica internacional que se había creado en Bretton Woods (1944) exigía la creación de grandes espacios económicos, reducción del proteccionismo y una internacionalización de la producción y el capital; los europeos, reacios a estos objetivos ante la situación económica que padecían, sólo podían aceptar estas condiciones si se recuperaban económicamente. Por último, la Indefinición existente en Europa en cuanto al modelo económico a utilizar para conseguir la tan anhelada recuperación, junto al peligro de las nacionalizaciones y el papel de los partidos comunistas, exigía una respuesta clara del gobierno norteamericano.

b) La creación del bloque atlántico-occidental.

La Doctrina Truman y el Plan Marshall no sólo fueron las iniciativas norteamericanas que provocaron, desde un punto de vista occidental, el estallido de la Guerra Fría. También fueron el primer instrumento económico que utilizaron para la creación del que llamaremos *subsistema atlántico-occidental*.

Este instrumento tuvo un complemento militar indiscutible: la *Organización del Tratado del Atlántico Norte* (OTAN). Para entender la creación de esta alianza militar hay que remontarse al Tratado de Dunkerque de 4 de marzo de 1947, firmado por Gran Bretaña y Francia y con un fuerte contenido antialemán. Con este acuerdo se trataba también de crear una solidaridad europea-occidental en materia defensiva. El inicio de la tensión propia de la Guerra Fría en Europa alentó al dirigente británico Ernest Bevin a propugnar la creación de una Unión militar de países de Europa Occidental. El proyecto franco-británico pronto fue aceptado por los Estados del Benelux y el 17 de marzo de 1948 se firmaba en Bruselas el Tratado por el que se creaba la *Unión Occidental*. A través de él y durante cincuenta años, los estados signatarios se

comprometían a prestarse ayuda «contra todo agresor» y se establecía por primera vez un Estado Mayor interaliado, dirigido por el mariscal Montgomery.

A petición europea y canadiense y en el contexto de la nueva política exterior norteamericana, Marshall y el subsecretario, Robert M. Lovett, iniciaron conversaciones con los senadores Vandenberg (republicano) y Connally (demócrata) con el fin de estudiar la fórmula que permitiera a EE UU adherirse a una alianza militar. La *Resolución Vandenberg*, del 11 de junio de 1948, fue aprobada por el Senado y en ella se permitía a EE UU «la asociación, mediante trámite constitucional, con organizaciones tanto regionales como colectivas». El camino hacia la creación de la OTAN estaba abierto, acelerado por el bloqueo de Berlín.

El 4 de abril de 1949 se firmaba en Washington el Tratado del Atlántico Norte, que entraría en vigor el 24 de agosto. A él se incorporaron doce Estados, diez europeos más Canadá y EE UU. El texto es breve, consta de catorce artículos y va precedido de un preámbulo que pone de relieve que la Alianza se creaba en el marco de la Carta de las Naciones Unidas y establecía sus principales objetivos. El artículo 5.º constituye la clave de la alianza. El primer secretario general, Lord Ismay, definió a la Organización con estas palabras: «La OTAN se creó para mantener dentro a los norteamericanos, fuera a los rusos y abajo a los alemanes».

2. Las respuestas soviéticas: el sistema socialista mundial.

La victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial fue la victoria de un país movilizado en contra de un enemigo común. El máximo dirigente soviético, J. Stalin, consideró, no obstante, que la victoria en la denominada oficialmente *Gran Guerra Patria* se había conseguido gracias a su genio militar. Y al mismo tiempo gracias a la URSS, se dijo también a través de la propaganda soviética, se había conseguido salvar a Europa del fascismo y ello con un coste elevado: 20 millones de muertos.

Estos mensajes se lanzaron a los partidos comunistas occidentales y, en general, a los hombres y mujeres de la izquierda política. De esta manera el comunismo, debido también a su labor en las *resistencias*, salió de la guerra con mucho prestigio e incluso con un fuerte apoyo electoral, en especial, en algunos Estados europeos.

Por otro lado, el Ejército Rojo había «*liberado*» a la mayoría de los territorios de la Europa Central y Oriental, con las excepciones de Yugoslavia y Albania, y tras la guerra aún se mantenían en los mismos más de seis millones de soldados. Con ello la política exterior iniciaba una nueva fase en su evolución: ya no se pretendía tan sólo la expansión de una ideología, sino también la expansión territorial, que se había iniciado con la anexión de los países bálticos, continuó con la ampliación territorial de su territorio en más de 500.000 km y terminó, momentáneamente, con el control de la mayoría de los países de la Europa Central y Oriental, tras la política desarrollada por los respectivos partidos comunistas.

A pesar del reparto del territorio europeo que le correspondió a la URSS en Yalta y Potsdam, los soviéticos retaron a los aliados occidentales, a través de lo que podríamos denominar como *pruebas de fuerza*, para comprobar si su capacidad de reacción superaba los límites establecidos en el reparto. Irán, Turquía y Grecia, como hemos visto, fueron los puntos más significativos.

a) Las primeras respuestas soviéticas.

La reacción occidental provocó una inmediata respuesta de Stalin, ya apuntada en su discurso de febrero de 1946. El mensaje soviético, tras los acontecimientos que se habían producido a finales de 1946 y principios de 1947, era claro y contundente. Los puntos en los

que se basaba eran los siguientes: *a)* se consideraba al bloque capitalista occidental, liderado por EE UU, el enemigo fundamental del sistema socialista, al que había que vencer y superar; *b)* la URSS era considerada como una fortaleza asediada por el imperialismo agresivo y militarista y para protegerla era necesario impulsar una lucha de clases a nivel internacional y establecer un glacis de seguridad en torno a ella; *c)* era necesario también utilizar en esa lucha los ideales revolucionarios (paz, seguridad, socialismo, etc.), para lograr el máximo apoyo de la opinión pública internacional a la acción exterior soviética; *d)* deberían relativizarse las alianzas y los compromisos internacionales con la comunidad internacional, utilizándolos más como un medio que como un fin; *e)* debería reconocerse parcialmente el Derecho Internacional, considerado como un instrumento de los intereses burgueses; y *f)* el objetivo final de la política exterior soviética debía ser el de la creación de un sistema socialista mundial, que pudiera hacer frente, con la URSS a la cabeza, a las agresiones imperialistas y la injerencia en los asuntos internos de los estados soberanos.

La Doctrina Truman y, en especial, el Plan Marshall, fueron considerados por Stalin y los soviéticos como las primeras amenazas directas contra los objetivos de la URSS y el socialismo internacional. La primera fue calificada de «pretexto para intensificar la expansión del imperialismo norteamericano en Europa y proclamar abiertamente una política antisoviética», y el Plan Marshall fue caracterizado como «unos planes de ofensiva contra la soberanía de los Estados europeos», que implicaban «una tentativa de privarlos de su independencia económica y nacional para complacer a algunas grandes potencias», además de «someter a los países de Europa a un control, determinar sus asuntos internos e incluso orientar el desarrollo de las ramas principales de su economía».

Las *amenazas imperialistas* exigían una rápida respuesta por parte de la URSS. La primera fue una respuesta que podemos calificar como *política-ideológica* y se plasmó en la creación de la *Kominform* u Oficina de Información de los Partidos Comunistas. El encargado de poner en marcha esta iniciativa fue el dirigente e ideólogo soviético A. Jdanov. El momento elegido fue la Conferencia de Partidos Comunistas que se iba a celebrar en Saklarzka Pareba (Polonia).

A la reunión asistieron los máximos dirigentes de nueve partidos comunistas de países europeos (URSS, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía, Yugoslavia más Francia e Italia). En esa reunión Jdanov pronunció un duro discurso, considerado como el primer texto en el que se analiza la Guerra Fría y su significado desde la perspectiva soviético-marxista. En él se señalaba, entre otras cosas, que el final de la Segunda Guerra Mundial había dado lugar a una modificación de las relaciones entre el sistema socialista y el sistema capitalista, en favor del primero. Ante ello, el imperialismo norteamericano había adoptado un conjunto de medidas con el fin de poner en marcha una «política de dominación mundial». La URSS, por su parte, encabezaba el «campo antiimperialista y democrático» y desde él se luchaba «contra la amenaza de nuevas guerras de expansión, para la consolidación de la democracia y para la extirpación de los restos del fascismo». En esta situación, el papel de los partidos comunistas era clave: «deben ponerse a la cabeza de la resistencia en todos los puestos -gubernamental, económico e ideológico- contra los planes imperialistas de expansión y de agresión. Deben cerrar sus filas, unir sus esfuerzos sobre la base de una plataforma antiimperialista y democrática y movilizar a su alrededor a todas las fuerzas democráticas y patrióticas del pueblo».

Para coordinar el logro de esos objetivos se creó la *Kominform* con el fin de «organizar el intercambio de experiencias entre partidos y, si hubiera necesidad, coordinar su actividad sobre la base del acuerdo mutuo»; la sede se estableció en Belgrado. A esta organización se unirían otros partidos y de ella se expulsaría a Yugoslavia el 28 de junio de 1948, por «desviación del marxismo-leninismo», «nacionalismo» y «hostilidad hacia la URSS»,

dentro de un proceso bien organizado desde Moscú de depuración dentro de los partidos comunistas contra todos aquellos elementos sospechosos de insuficiente adhesión a la URSS, que se extendería hasta 1952. Desde la Kominform, pues, se puso en marcha una operación bien planificada para *sovietizar*, de forma rápida, la Europa Central y Oriental. Una soviétización que imponía, por la fuerza de las circunstancias internas o por presión, el rechazo de la ayuda que proporcionaba Estados Unidos a través del Plan Marshall.

Ésta fue la segunda respuesta soviética a las iniciativas norteamericanas. Desde finales de 1947 y principios de 1948 los partidos comunistas de la Europa Central y Oriental aceleraron el proceso para alcanzar todo el poder en sus respectivos países, instaurando a continuación un nuevo tipo de sistema político: la *Democracia Popular*. Bulgaria (1946), Polonia (1947), Rumanía (1947), Checoslovaquia (1948), Hungría (1949) y, finalmente, la República Democrática Alemana (1949), formaban el área soviétizada e integrada en el sistema socialista mundial. Albania y Yugoslavia, con sus características propias, mantenían especiales relaciones con la URSS. En la mayor parte de estos territorios el Ejército Rojo seguía estando presente y la URSS seguía obteniendo de ellos muchas ventajas a través del pago de reparaciones de guerra, la confiscación de bienes «ex alemanes» y el pago por el mantenimiento de sus tropas, sus transportes, etc. La integración dentro del bloque se fortaleció también a través de la firma de tratados y acuerdos bilaterales: en un año se firmaron 13 entre los integrantes del *campo antiimperialista*, según la terminología oficial.

La tercera respuesta fue el impulso que desde la URSS se dio a los *procesos de revolución mundial* que, auspiciados por los partidos y movimientos comunistas, se estaban desarrollando principalmente en China, Corea e Indochina. De esta manera, en 1949 la URSS de Stalin podía estar también satisfecha con este objetivo al haber logrado crear el que hemos denominado como *sistema socialista mundial*, integrado en esos momentos por: la URSS, la República de Mongolia, Albania, Yugoslavia, Bulgaria, Rumanía, Polonia, República Democrática de Corea, Checoslovaquia, Hungría, República Democrática Alemana y la República Popular China.

La cuarta respuesta la podíamos caracterizar como la aplicación de una *diplomacia de poder* para el logro de los objetivos previstos. Un nuevo tipo de diplomacia que tuvo dos componentes: *a)* una nueva estrategia en la acción exterior, que se resume perfectamente en las palabras del estratega y militar soviético Sokolovsky: «Para que las fuerzas militares puedan cumplir con éxito las misiones que tienen asignadas, es preciso crear unas condiciones favorables en los ámbitos diplomático, económico, moral y político, en todos los cuales el Estado se prepara para la guerra. La preparación de la política exterior para la guerra implica medidas tales como el concretar alianzas, la formación de coaliciones de Estados, las garantías de neutralidad de los Estados vecinos, etc. Todo esto abre amplio campo a la diplomacia, la cual, al tratar de consolidar la posición internacional del Estado, tiene siempre en cuenta los intereses de la seguridad del mismo, de acuerdo con las exigencias de la estrategia militar»; *b)* para desarrollar esa diplomacia era fundamental disponer de unos recursos militares que superasen siempre a los del bloque *imperialista capitalista*; con ese propósito se incrementaron los presupuestos militares, y se aceleró la investigación para conseguir la paridad nuclear: el 23 de septiembre de 1949 se anunció que la URSS había realizado su primera explosión atómica. Se iniciaba así la carrera armamentística y la disuasión nuclear.

La siguiente iniciativa fue la creación del *Consejo de Ayuda Mutua Económica* (CAME), el 1 de enero de 1949, aunque no se hizo público hasta el 25 de enero. En él se integraron, junto a la URSS, Hungría, Polonia, Rumanía, Checoslovaquia y Bulgaria. En febrero ingresó Albania. A través de este organismo se trataba de armonizar los lazos económicos entre las democracias populares y Moscú y, a su vez, fortalecer la cohesión interna del bloque recién creado frente a Estados Unidos y la Europa Occidental.

Por último, la URSS, en este proceso de consolidación de su poder e influencia y de creación del sistema socialista mundial, volvió a retar a Occidente con dos nuevas pruebas de fuerza que hoy ya bien pueden calificarse como los primeros enfrentamientos de la Guerra Fría.

b) Checoslovaquia y Berlín: los primeros enfrentamientos.

En primer lugar, el *golpe de Estado comunista en Checoslovaquia*. Un Estado, como hemos visto, anómalo en gran parte dentro de la Europa Central y Oriental gracias al papel del presidente E. Benes. Las elecciones de 1946 y el nombramiento como primer ministro de C. Gottwald, aceleraron el acercamiento a la URSS en contra del equilibrio que el presidente había querido mantener. Una primera muestra de este nuevo clima fue la presión que Moscú ejerció sobre los dirigentes checoslovacos para que rechazaran, como lo hicieron, la ayuda ofrecida a través del Plan Marshall. La tensión creada provocó la formación de un nuevo gobierno, en febrero de 1948, en el que los comunistas ocupaban las carteras claves, con excepción de la de Asuntos Exteriores, que detentaba Jan Masaryk, hijo del fundador de Checoslovaquia. El rechazo al nuevo gobierno por parte de los demás partidos que formaban la coalición gubernamental, abrió un proceso de enfrentamiento social e inestabilidad política que se solucionó con un verdadero golpe de Estado comunista en febrero de 1948. En junio, Benes presentaba la dimisión como presidente de la República. El camino hacia la soviétización se aceleró.

Este incumplimiento de lo estipulado en Yalta por parte de la URSS, no fue respondido por EE UU y los dirigentes europeos occidentales con la suficiente fuerza para que constituyera una amenaza para los soviéticos. Por ello, el 24 de junio de 1948, la URSS decidió tomar otra decisión, en este contexto de tensión internacional, en relación con la *cuestión alemana*: el bloqueo de la ciudad de Berlín o, más concretamente, las zonas aliadas de la capital que se encontraban aisladas dentro del territorio controlado por los soviéticos. En esta ocasión la respuesta occidental fue contundente y ello abrió el camino al enfrentamiento global y directo.

Estados Unidos y los demás países occidentales organizaron un gigantesco puente aéreo, entre los tres aeropuertos de Berlín y trece de la zona occidental alemana. Durante 323 días se transportaron casi 2 millones de toneladas de mercancías por medio de los 235.000 vuelos que se realizaron. El presidente Truman amenazó a la URSS: «Si los convoyes aéreos fueran interceptados o si las tropas rusas se atrevieran a franquear la puerta de Brandenburgo, la guerra comenzaría». La URSS mantuvo el bloqueo hasta el 12 de mayo de 1949.

Las consecuencias de este conflicto fueron las siguientes: *a)* se aceleró el proceso de división de Alemania: el 23 de mayo de 1949 nacía la República Federal de Alemania, el 7 de octubre se creaba la República Democrática Alemana; *b)* la *cuestión alemana* se convertía en uno de los puntos de fricción más permanentes y conflictivos de la Guerra Fría; *c)* se impulsó el proceso de creación de un organismo de defensa y seguridad occidental que tuvo su punto culminante en la creación de la OTAN; *d)* la URSS consolidó su poder e influencia en la Europa Central y Oriental y en el sistema socialista mundial. *La Guerra Fría había comenzado.*

3. El resultado: la Guerra Fría y el nacimiento del sistema bipolar.

a) Concepto y características de la Guerra Fría.

Las iniciativas norteamericanas y las respuestas soviéticas provocaron el estallido de la *Guerra Fría*. La definición clásica viene a decir que la Guerra Fría fue un estado de tensión permanente, primero entre las dos superpotencias y luego entre los dos bloques liderados por ellas, que no provocó un conflicto directo ante el peligro de destrucción mutua y asegurada por la utilización de las armas nucleares. No obstante, hoy hay que ampliar esta definición a la luz de los acontecimientos que la caracterizaron y las nuevas fuentes primarias a disposición de los historiadores.

A la luz de estos hechos la Guerra Fría puede caracterizarse por estas notas:

- La Guerra Fría fue un enfrentamiento directo y no bélico, primero entre EE UU y la URSS, después entre los dos bloques liderados por estas potencias.

- Un enfrentamiento que se inició en 1947 entre los dos Estados con mayor poder e influencia en el mundo, que adquirieron un nuevo *status* en la política internacional: el de *superpotencias*.

- Esta nueva relación de poder dio lugar a un sistema internacional bipolar y flexible, en el que junto a las dos superpotencias y los bloques que estaban bajo su influencia, se encontraban actores no alineados y un actor universal, la ONU, que trató de jugar un papel atenuador de la tensión internacional.

- En este sistema bipolar ambas superpotencias trataron de distinguir entre aliados y enemigos, delimitaron sus zonas de influencia o *glacis de seguridad* y trataron de ampliarlas a costa del bloque contrario, impidiendo cualquier desviacionismo político o ideológico en sus respectivas zonas. No hubo posibilidad de que un estado se declarase neutral sin el consentimiento de las dos superpotencias.

- Ocupada, controlada y delimitada una zona de influencia, su respeto por la otra superpotencia fue una regla básica. Cuando esta regla se incumplió y muy especialmente cuando este incumplimiento afectó a territorios incluidos en el perímetro de seguridad establecido por las dos superpotencias, el peligro de enfrentamiento directo surgió y la tensión se agravó.

- En este sistema ambas superpotencias y los bloques que lideraron, a pesar de las incompatibilidades de objetivos y fines, reconocieron ciertos valores o principios comunes que tendieron a trasladar al actor universal. A pesar de lo cual, ambos bloques utilizaron las Naciones Unidas para sus intereses y ello impidió que la Organización alcanzase los objetivos para los que se creó en 1945.

- El enfrentamiento entre los dos bloques se fue mundializando paulatinamente a partir de los primeros choques en Europa. De forma progresiva el antagonismo ideológico y dialéctico se amplió y en él se integraron factores políticos, psicológicos, sociales, militares y económicos, convirtiéndose de este modo en un enfrentamiento global.

- La tensión impulsó la elaboración de una política de riesgos calculados, con la disuasión nuclear como eje básico, que adoptó una estrategia diplomática-militar cuyas bases fueron: la *contención* del enemigo y de su expansión; la *disuasión* de cualquier acto hostil ante la amenaza de recurrir al enfrentamiento bélico y provocar cuantiosos daños; la *persuasión* en

tanto en cuanto los factores ideológicos y psicológicos tuvieron un papel clave; la *subversión* como medio de eliminar a las autoridades políticas o militares que no aceptaron los valores o las reglas del bloque en el que estaban integrados; el *espionaje* ante la necesidad de conocer rápida y verazmente las actividades y decisiones del enemigo.

- El desarrollo de la Guerra Fría estuvo condicionado, principalmente, por tres factores: los cambios en la cúpula del poder de las dos superpotencias; el control que sobre la misma tuvieron siempre los políticos frente a los militares, y las percepciones que desde Washington y Moscú se tuvieron de la potencia enemiga y de su expansión regional o mundial.

b) La polémica sobre los límites cronológicos.

Caracterizada la Guerra Fría, es necesario abordar otra de las cuestiones polémicas sobre este trascendental hecho: los *límites cronológicos*. Éste fue uno de los debates historiográficos más intensos durante los años en los que se mantuvo ese estado de tensión. Hoy, finalizada la Guerra Fría, ya se puede afirmar que existe un consenso generalizado en cuanto a la duración de este peculiar conflicto.

En relación con el origen, tres han sido las fechas más repetidas. La primera, 1917, fue defendida por FLEMING, FONTAINE o PARSONS y venía a decir que, tras el triunfo de la Revolución de Octubre, comenzó el enfrentamiento entre los dos sistemas antagónicos, que alcanzó su punto culminante después de 1945. La segunda, 1939-1945, fue utilizada por ROSTOW, SCHLESINGER o GADDIS en sus respectivos trabajos, poniendo de manifiesto que Stalingrado, Yalta y Potsdam pusieron las bases de la expansión ideológica y territorial de la URSS, que hubo de ser respondida por los norteamericanos provocando el enfrentamiento directo. Por último, 1947, es la fecha que hoy tiene mayor consenso entre los especialistas y que nosotros utilizamos también en este libro y en nuestros estudios.

Si polémico fue el tema de los orígenes, más aún ha sido el de la terminación del conflicto. Una fecha que se mantuvo durante un largo período de tiempo fue la de 1962, a raíz de la tensión que vivió el mundo durante la crisis de los misiles en Cuba; se decía, por sus partidarios, que tras este momento comenzó una larga etapa de *coexistencia pacífica* entre los dos bloques. Posteriormente se indicó por parte de algunos autores que el período comprendido entre 1973-1975 supuso el final de una larga era de conflictos y enfrentamientos entre las dos superpotencias; la firma del Tratado de Paz en Vietnam, el Acuerdo soviético-norteamericano sobre Prevención de la Guerra y, sobre todo, la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, que culminó en Helsinki en 1975, contituyeron los hechos claves que permitían afirmar que la Guerra Fría había terminado. La invasión soviética de Afganistán en diciembre de 1979, y la elección del republicano Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos en 1980, dieron paso a un nuevo período de tensión internacional. Para algunos autores (F. HALLIDAY, N. CHOMSKY o I. GITTINGS) se iniciaba una *Segunda Guerra Fría*, para otros era una nueva crisis en el desarrollo de la misma. Hoy, ante la evolución de los acontecimientos, cabe afirmar con rotundidad que la Guerra Fría terminó entre 1989 y 1990.

No solamente los hechos que se produjeron después de esa fecha así lo confirman, sino que así *fue* aceptado y anunciado por los principales protagonistas de la histórica tensión. En primer lugar, los dirigentes de las dos superpotencias, Bush y Gorbachov, así lo acordaron en la cumbre de Malta celebrada en diciembre de 1989. Un año después la cumbre de la CSCE en París terminaba con la firma de una *Carta para una nueva Europa*, en la que establecía oficialmente por los 34 Estados miembros el fin de la Guerra Fría y de la división Este-Oeste en Europa. Entre una y otra fecha habían desaparecido los signos más representativos de este conflicto: el muro de Berlín, el telón de acero, la división de Alemania y se iniciaba también el

final del comunismo que culminaría en 1991 con la desaparición de la URSS. Uno de los más destacados artífices de la política exterior y de seguridad norteamericana, Kennan, anunció en el Senado en abril de 1989: «la Guerra Fría ha terminado, la URSS ha dejado de ser una amenaza».

c) La evolución cíclica de la Guerra Fría.

En definitiva, la Guerra Fría se extendió entre 1947 y 1989-1990, pero ¿cómo evolucionaron los acontecimientos a lo largo de estos cuarenta y tres años? Es indudable que no de una forma lineal. En nuestra opinión se puede hablar de un *ciclo de la Guerra Fría*, o lo que es lo mismo, de una evolución cíclica dividida en cuatro fases, en cada una de las cuales se sucederían una serie de caracteres comunes.

Cada fase cíclica se iniciaría con un primer período de distensión, moderación en el enfrentamiento, disminución de los conflictos y utilización de un lenguaje sereno y constructivo. En un segundo momento irán apareciendo signos de tensión que se apreciarán, en primer lugar, en el lenguaje que utilizan los líderes y representantes políticos y militares de ambos bloques, a continuación se incrementarán los conflictos y los presupuestos militares e incluso se romperán negociaciones o acuerdos. La tensión culminará con el estallido de un *conflicto-tipo*, de un momento de máximo enfrentamiento en el que se estará al borde del enfrentamiento bélico o de la quiebra absoluta del sistema bipolar. En función de estos caracteres podemos hablar de cuatro fases:

- a) 1947-1948/1950-1953, cuyo conflicto-tipo será la Guerra de Corea.
- b) 1953-1962, cuyo conflicto-tipo será la crisis de los misiles en Cuba.
- c) 1962/1973-1975, cuyo conflicto-tipo será la Guerra de Vietnam.
- d) 1973/1988-1989, cuyo conflicto-tipo será la Guerra de Afganistán.

La Guerra Fría así definida y caracterizada dio lugar a un nuevo sistema de relaciones internacionales que estuvo vigente hasta 1991. ¿Cuáles son los caracteres de este nuevo sistema?:

- El sistema creado vino a sustituir al fracasado sistema de seguridad colectiva vigente durante el período de entre guerras y supuso también la alteración, que no la quiebra, del orden internacional establecido por la URSS y EE UU a lo largo de las conferencias aliadas que se desarrollaron durante la Segunda Guerra Mundial.

- Este nuevo sistema vino en denominarse *Sistema Bipolar* y puede definirse como aquel sistema en el que se mantuvo un equilibrio entre las dos superpotencias, que gozaban de capacidades de poder y destrucción equivalentes y superiores a las de cualquier otro estado y que establecieron un mecanismo para consolidar ese reparto equilibrado bipolar, la disuasión nuclear mutua. El sistema así creado dio lugar a una tensión Este-Oeste.

- Este sistema bipolar se inserta en un contexto internacional heterogéneo, en el que ambas superpotencias trataron de representar, defender e imponer un conjunto de valores antagónicos y permanentes. EE UU se presentó como un Estado que defendía el *mundo libre* y sus valores más representativos: la democracia, los derechos de los ciudadanos, el libre mercado y la libertad; valores amenazados por la URSS y el comunismo, por lo que el *anticomunismo* (presente en el interior de EE UU a través del *macartismo*) será un principio clave en el conjunto del bloque. La Unión Soviética se presentó como el *primer Estado socialista del mundo*, amenazado y cercado permanentemente por el imperialismo agresivo que el capitalismo y la burguesía internacional trataban de derribar y, por lo tanto, al que había que defender a través de una variedad de instrumentos que paulatinamente se fueron estableciendo y utilizando.

- El sistema bipolar así establecido creó dos subsistemas. El *subsistema atlántico*-

occidental, liderado por EE UU, que contaba con un conjunto de instrumentos para defender sus valores y extender su influencia: la OTAN, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, las alianzas militares periféricas (ANZUS, 1951; SEATO, 1954; CENTO, 1959), los acuerdos bilaterales y la ayuda económica. El *subsistema socialista mundial*, al que se incorporaron 16 Estados en todo el mundo y estuvo liderado por la URSS, que disponía también de sus instrumentos: la Kominform, el CAME, el Pacto de Varsovia, los tratados bilaterales de Amistad y Cooperación y los partidos comunistas. Uno y otro subsistema utilizarían la carrera armamentística, tanto de armamentos convencionales como nucleares, y la carrera espacial, como instrumentos de amenaza, competencia, confrontación y desarrollo económico-tecnológico.

Texto reelaborado a partir de MARTÍNEZ
CARRERAS, Historia del Mundo Actual. Ed.
Marcial Pons. Madrid 1996. Págs. 4-54.

III. LA LUCHA CONTRA EL COMUNISMO EN EL INTERIOR DE ESTADOS UNIDOS: MACARTISMO Y CAZA DE BRUJAS.

1. El macartismo: definición y situación cronológica.

Tras la Segunda Guerra Mundial, una parte importante de la sociedad norteamericana empezó a temer que el comunismo se expandiera por EE.UU. La consolidación de los dos bloques durante la guerra fría propició que se iniciara una campaña para eliminar el *peligro comunista*. El Congreso norteamericano aprobó las Leyes de Seguridad Interna (1950) y de Inmigración y Nacionalidad (1952), que restringían la actividad comunista y prohibían la entrada en el país de comunistas reconocidos.

Como macartismo se conoce a una actitud política interna norteamericana consistente en un anticomunismo absoluto que se concreta en una real persecución de hombres e instituciones declaradas antinorteamericanas por ser "comunistas", confundiendo en muchos casos, a comunistas con liberales o simplemente progresistas. Juicios, pruebas y testimonios en muchos casos falseados, dieron al traste con la carrera de un gran número de americanos inocentes.

Históricamente el macartismo representa la culminación de la guerra fría en la política interna de Estados Unidos y coincide con los años 1950-1954, teniendo al senador republicano Joseph McCarthy (1907-1957) como máximo protagonista y del cual tomará el nombre.

La historia del macartismo coincide con el periodo inmediatamente posterior a la victoria de la revolución china y al estallido de la primera atómica soviética (1949), el mismo de la guerra de Corea. Es el momento de más exasperado anticomunismo de la segunda posguerra, que da lugar a una serie de "purgas" políticas en todo nivel y en todos los campos -pero sobre todo en el intelectual -, en un clima de cacería de brujas más intenso que la más dura lucha interna al comunismo de otros periodos.

2. El papel del senador Mc Carthy y la *obsesión anticomunista*.

Líder político y moral de este movimiento fue el senador McCarthy, que le dio una plataforma teórica al formular la tesis de que las derrotas norteamericanas en política exterior sólo podían explicarse por la infiltración en el aparato estatal de espías y agitadores comunistas y de sus simpatizantes, que sistemáticamente saboteaban su operación para lograr la victoria de la Unión Soviética. En consecuencia, el prerrequisito de toda maniobra de política exterior era una dura cruzada contra la conspiración interna. La victoria republicana en las elecciones presidenciales y congresistas de 1952 llevó a McCarthy a la presidencia del poderoso Comité de Actividades Antiamericanas, que le permitió dar vida durante todo el año 1953 a una serie de investigaciones sobre el comportamiento de empleados de entidades públicas. Una vez concluida la guerra de Corea, la idea de la expansión comunista fue perdiendo fuerza. Entonces McCarthy centró sus actividades en la persecución de funcionarios y miembros de las fuerzas armadas, hecho que a la postre provocó el rechazo del Partido Republicano y del mismo presidente. Estos violentos ataques a eminentes personalidades entre las que se encontraba el propio presidente y el intento de someter a investigaciones al ex presidente Truman y a varios oficiales del ejército, así como el clima de sospecha, desconfianza y desorganización creados en la administración pública empujaron al presidente Eisenhower, y al Senado a actuar contra McCarthy. Fue su final. En 1954, fue destituido como miembro del Comité de Investigación Permanente del Senado y perdió toda su influencia. Murió poco después, en 1957. Con él se hundió también todo el movimiento. Pero las consecuencias fueron tremendas para un país que vió como se recortaban las libertades públicas por primera vez desde tiempo inmemorial.

3. Dos interpretaciones sobre el origen del problema.

a) El macartismo y la identidad americana.

Para algunos autores el macartismo es un fenómeno ligado intensamente a las peculiaridades históricas del país. Un país que es el resultado de varias etapas migratorias con la llegada de emigrantes de muy diverso origen y que hacía peligrar los valores tradicionales de los blancos, anglosajones y protestantes fundadores de la nación. Este peligro de perder las señas de identidad nacionales generó en muchos sectores conservadores una paranoia para anular o minimizar los valores diferentes de los tradicionales en la sociedad americana. Como síntoma de integración en su nueva patria, muchos nuevos emigrantes se identificaron con esos valores conservadores, de esa manera el macartismo tuvo dos apoyos fundamentales: entre los sectores más conservadores, y entre los emigrantes más recientes. Fueron estos dos grupos sociales los que popularizaron de manera espontánea los principios del macartismo.

b) El macartismo como arma política de los sectores conservadores.

Otra teoría refuta la anterior. El macartismo no actuó de manera espontánea, sino perfectamente encuadrado en el Partido Republicano. Aunque los medios de comunicación pusieran las ideas de McCarthy en contacto con amplias capas de la opinión pública, éste actuó dentro de las instituciones existentes, contando casi hasta el final con el apoyo del Partido Republicano, que se sirvió de este sentimiento para auparse con la presidencia en 1952. Claramente el objetivo de sus ataques fueron sobre todo los miembros o simpatizantes del Partido Demócrata. El final del movimiento se dio cuando el senador McCarthy apuntó contra

altos cargos militares o contra el mismo presidente. La caída se produjo también dentro de las instituciones.

4. La caza de brujas en Hollywood.

Uno de los blancos de la inquisición política fue el mundo del cine, entre otras razones porque la audiencia a directores y actores famosos proporcionó a los miembros del Comité una extraordinaria publicidad. Convocados a declarar 41 sospechosos, 19 de ellos se negaron a comparecer, juzgando la actuación indagatoria contraria a la Constitución, entre otros el escritor Alvah Bessie, el guionista Dalton Trumbo, el director Edward Dmytryk. En apoyo de los que fueron calificados despectivamente de «testigos inamistosos» se movilizó el denominado Comité de la Primera Enmienda, que integró a cerca de 500 profesionales del cine. En esa circunstancia defendieron la libertad figuras famosas, como Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Gregory Peck, Katherine Hepburn, Kirk Douglas, Burt Lancaster, Gene Kelly, John Huston. Entre los que colaboraron con el Comité y denunciaron a otros cineastas, pronunciando además discursos patrióticos de tono anticomunista, comparecieron Gary Cooper, Ronald Reagan, Robert Taylor. En la lucha entre el Comité de Actividades Antiamericanas y el Comité de la Primera Enmienda, la posición de la industria del cine, con la negativa de trabajo a los sospechosos, decantó la balanza produciendo deserciones en las filas de los defensores de la libertad; fue el caso de Humphrey Bogart, que se dio de baja de su Comité, y el del director Dmytryk, quien tras ser condenado a seis meses de cárcel decidió, ya en prisión, confesar su militancia comunista y su arrepentimiento, proporcionando una lista de 26 correligionarios de partido. Con esta claudicación pública salió en libertad y encontró trabajo inmediatamente.

Entre las víctimas de la histeria anticomunista hay que recordar a Charles Chaplin. Su confesión de que nunca había sido comunista ni había pertenecido a ningún partido no impidió que supiera que sería llamado a declarar. Decidió no regresar a Estados Unidos y fijó su residencia en Suiza. Muchos profesores universitarios se encontraron en dificultades o sin trabajo. Y algunos escritores figuraron entre las filas de sospechosos de antiamericanismo. El alemán Bertold Brecht se vio obligado a atender las solicitudes del Comité, por su carácter de extranjero, aunque no por ello abandonó su apoyo al Comité de la Primera Enmienda. El genial guionista Dalton Trumbo no pudo firmar con su nombre algún filme excepcional; sólo en 1960 se supo que era el responsable del guión de «Éxodo» y «Espartaco». El novelista Dashiell Hammet, autor de novelas negras, entre la que destaca *El halcón maltés*, se negó a testimoniar y fue condenado por desacato. Tras cinco meses en prisión, fue puesto en libertad por su penoso estado de salud. En este periodo, en una de las patrias de la libertad, fue precisamente la libertad la que se vio en peligro.



Actores de Hollywood, opuestos a la caza de brujas fotografiados frente al Capitolio.

IV. LA GUERRA DE COREA.

1. Corea bajo la ocupación japonesa.

Corea es Estado vasallo del Imperio chino desde 1637 hasta 1894, en que cambia la situación debido a la derrota china frente a Japón. Después de la forzada retirada japonesa de Corea, por presiones europeas, la victoria de Japón sobre Rusia en 1905 deja las manos libres al primero para su ocupación; una ocupación deseada en razón de su situación de puente hacia el continente y elegida como primera víctima del expansionismo japonés en Extremo Oriente: en 1905 se reconoce el protectorado japonés sobre Corea y en 1910, Japón ocupa el territorio coreano.

Desde 1895 hay, por lo tanto, un trasvase de población japonesa que paulatinamente irá controlando todos los aspectos de la vida nacional, al tiempo que la población coreana será relegada a los puestos subalternos.

Los cambios económicos introducidos por Japón están en función únicamente de sus intereses, lo que implica un descontento popular general: el campesinado se arruina debido a la confiscación de tierras y los que emigran a las áreas industriales sufren discriminaciones salariales. Se produce igualmente una violación sistemática de la personalidad nacional con prohibición de reuniones y asociaciones, la censura de prensa, el desplazamiento del confucionismo y, al mismo tiempo, la lengua japonesa sustituye al coreano, cuya enseñanza se limita. De esta forma el descontento alcanza a intelectuales, celosos de la integridad y cultura nacionales; a campesinos, deseosos de conservar sus tierras, y a los trabajadores de las ciudades, tratados como mano de obra casi servil.

Este descontento se manifestará de varias maneras: creación de sociedades para el estudio de la lengua y civilización nacionales, huelgas, atentados, movimientos campesinos, todo ello castigado y reprimido por la Policía japonesa.

Los cambios afectaron a todos los sectores de la vida coreana. Desde el punto de vista agrícola, el objetivo fundamental es hacer producir el máximo a la tierra, y para ello se procede a una reorganización administrativa, tendente a igualar, territorial y poblacionalmente, las distintas zonas, instalación de colonos japoneses, clasificación de las tierras según su productividad - y adaptación de los métodos a las condiciones naturales del lugar.

Debido a la introducción de la medicina moderna, se experimenta un incremento demográfico que pasará, junto con la población emigrada del campo, a engrosar las filas del proletariado urbano, y que será utilizada en las explotaciones mineras del norte (hulla, hierro, plomo, cinc, *oro* y plata), así como en las nuevas industrias implantadas por los japoneses: químicas y metalúrgicas en el norte: alimenticias y textiles en el sur.

La infraestructura económica (completada con la construcción de carreteras, ferrocarriles, telégrafos y teléfono) permanecerá exclusivamente en manos niponas y ningún coreano ocupará la menor posición de importancia; por otra parte, los coreanos nunca desearon ser alumnos de un pueblo del que habían sido maestros durante siglos y que basaba su superioridad material en técnicas extranjeras.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la derrota japonesa, Corea quedará libre de su ocupante nipón, pero también será el inicio de la separación entre un norte y un sur con distintos regímenes políticos, sociales, económicos e ideológicos.

En la Conferencia aliada de El Cairo, en noviembre de 1943, una vaga declaración

establecía la independencia coreana, pero en Yalta tal declaración fue ignorada. En los meses siguientes, antes de que Rusia atacase a Japón, se había acordado que Corea, una vez liberada, sería gobernada por una Comisión de las cuatro potencias (Estados Unidos, Gran Bretaña, URSS y China).

El 8 de agosto de 1945, la Declaración de El Cairo señalaba que los japoneses se rendirían a los soviéticos al norte del paralelo 38 y a los norteamericanos al sur del mismo paralelo, sin que se plantease, en principio, un definitivo reparto político. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética intentaban crear un Estado a su propia imagen, impidiendo de esta manera la unidad nacional.

Con la proclamación el 15 de agosto de 1948 de la República de Corea del Sur en Seúl y de la República Popular de Corea del Norte en Pyongyang, un mes después, quedaba confirmado un doble régimen que ni negociaciones ni guerras han podido unir aún.

2. El contexto internacional.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la responsabilidad de la organización de la paz corresponde esencialmente a los dos países que parecen ser los únicos capaces de ejercer una influencia decisiva sobre los acontecimientos: Estados Unidos y la URSS.

De los otros cinco países que, antes de la guerra, eran considerados como *potencias*, tres son los vencidos: Alemania, Italia y Japón; y los otros dos son vencedores, pero están agotados: Gran Bretaña y Francia.

La originalidad de la situación se encuentra en que ambas potencias han sido largo tiempo marginales, que son dos recién llegadas y que tienen un concepto muy diferente de las relaciones internacionales.

La capitulación de las potencias del Eje no resolverá los problemas de la paz. Los equívocos y las segundas intenciones que separaban a Estados Unidos y a la URSS habían estado ocultos por las exigencias de la lucha en común, pero una vez vencido el enemigo, reaparecen ampliados: los aliados de la guerra se convertirán en rivales.

Aun antes de acabar la guerra, los principales dirigentes aliados eran conscientes de la dificultad de mantener la unión después de la victoria. Ahora bien, es necesario para entender la disyunción soviético-norteamericana en estos primeros años señalar los planteamientos ideológicos de la URSS.

Los dirigentes soviéticos mantenían una visión del mundo, según la cual todas las sociedades estaban irrevocablemente destinadas a progresar por caminos bien precisos, pasando por etapas bien definidas, hasta la llegada a una sociedad sin clases; al oponerse el capitalismo a esta evolución, la existencia de todo Estado no comunista era, por definición, una amenaza para la Unión Soviética.

Estos planteamientos políticos implicaban que cualquier intento norteamericano estaba condenado al fracaso, pues Josip Stalin consideraba a los Estados Unidos como el enemigo, no por una acción concreta, sino por el hecho de ser la potencia capitalista más fuerte del mundo que intentaba combatir, cercar y destruir a la Unión Soviética.

Aunque algunos sectores norteamericanos creían en la posibilidad de establecer, a la larga, una convivencia pacífica con la URSS, ningún soviético lo creía y no existió por parte rusa, en estos primeros momentos, ninguna prueba de querer llegar a una convivencia con Estados Unidos.

Los intentos de colaboración se rompieron en la Conferencia de Moscú, marzo de 1947; en ella se invitó a la Unión Soviética a participar en los beneficios del *Plan Marshall*, pero Rusia vio en ello un intento americano para controlada, y el resultado fue el rechazo soviético y el de

los países de Europa oriental situados en su órbita de influencia.

La iniciativa norteamericana y la reacción soviética marcarían el comienzo de la *guerra fría* en Europa, una guerra cuya singularidad reside, como señala J. Satom, en que este enfrentamiento no puede resolverse por medio de una guerra verdadera, sino en una tensión permanente, que una sucesión de crisis más o menos localizadas alimenta, pero que se detiene ante el peligro de la conflagración.

A partir de 1947, la separación se acentúa: partición definitiva de Europa, soviétización de la Europa oriental frente al *Plan Marshall*, creación de la *Kominform* (Oficina de Información Comunista) para luchar contra el capitalismo americano.

Tras la imposición comunista en Checoslovaquia (febrero de 1948), el bloqueo de Berlín (junio de 1948-1949) y la división de Alemania, Occidente responde con la firma, en Washington (4 de abril de 1949), del *Tratado de la Alianza del Atlántico Norte*, con carácter militar defensivo.

Frente a la OTAN, el bloque comunista, aunque no ofrece una constitución similar en sus aspectos formales, mantiene una unidad ideológica y política que asegura mediante tratados bilaterales una ayuda militar en caso de agresión. El enfrentamiento entre los bloques queda patente; desde este momento se utilizará una estrategia de contención por *disuasión*, basada en la potencialidad bélica.

Un equilibrio de *disuasiones* mantiene la división en Europa, que aparece como el campo de batalla; pero nuevos procesos históricos en Asia rebasan tanto la política norteamericana como la soviética, aunque tomen la forma de importantes logros en la extensión del comunismo.

En efecto, respecto de la situación en Asia Oriental, si en los años posteriores a 1947 se consolidan los *bloques* y la *guerra fría* en Europa, en Asia se producen acontecimientos decisivos que se inscriben en la gran revolución descolonizadora iniciada después de la Segunda Guerra Mundial: Independencias, entre 1947 y 1948, de India, Pakistán y Birmania, y proclamación unilateral de la independencia, después de la retirada japonesa, en 1945, en Vietnam e Indonesia que implicarán sendas guerras con sus antiguas metrópolis. Pero el hecho más trascendente es la proclamación de la República Popular China por Mao Tse-tung, el día 1 de octubre de 1949, en Pekín.

La política asiática de Stalin está condicionada por la actitud norteamericana en los últimos momentos de la guerra. Stalin no deseaba un fin rápido de la guerra en Extremo Oriente, y esperaba, al menos, una prolongación hasta finales de 1947, con el fin de jugar un papel importante en la zona y participar en la ocupación de Japón: la utilización de la bomba atómica arruina estas esperanzas.

En Yalta, Stalin asegura que tres meses después del fin del conflicto en Europa declarará la guerra a Japón: la guerra en Europa termina el 8 de mayo; la ofensiva soviética debería haberse desencadenado el 8 de agosto. La primera bomba atómica se lanza sobre Hiroshima el 6 de agosto y ocho días después los japoneses capitulan. La Unión Soviética declara la guerra a Japón el 8 de agosto; el 9 desencadena la ofensiva militar y el 24 conquista Manchuria y Sajalin del Sur, pero es demasiado tarde. La guerra había terminado el 14 de agosto.

Razones militares y diplomáticas explican el hecho de que fuera lanzada la bomba atómica sobre Japón el día 6 de agosto. Como señala Delmas, sin la utilización de la bomba atómica, la ofensiva soviética habría alcanzado todos sus objetivos, militares y políticos.

Los Estados Unidos habrían visto a los ejércitos soviéticos recorrer Manchuria y capturar, al menos, medio millón de hombres, mientras que ellos mismos permanecerían en Iwo Jima y en Okinawa. El Gobierno de Washington quería evitar esa situación, y la evitó, efectivamente, utilizando la bomba atómica.

Parece así, que se recurrió al arma atómica para poner el más rápido término a una guerra cuya continuación espantaba a los dirigentes americanos, que no podían dejar de imaginar lo que

exigiría en hombres la conquista del archipiélago nipón; pero también fue inspirado por el deseo de evitar un despliegue soviético en Asia.

Además, y por otro lado, la evolución de la guerra civil en China, después del conflicto mundial y la proclamación de la República Popular por Mao Tse-tung, señalan un cambio del equilibrio en Extremo Oriente.

Stalin había sido el primero en mostrar cierto escepticismo respecto del triunfo de Mao. En 1945 la Unión Soviética, condicionada por la política norteamericana, reconocía como único Gobierno al nacionalista de Chiang Kai-chek, y en 1948, Stalin recomendaba a Mao llegar a un acuerdo con los nacionalistas. La explicación de esta actitud podía estar en el temor de Stalin al surgimiento de otro núcleo comunista independiente, como ya había ocurrido con la Yugoslavia de Tito en 1948, o por el temor a que se produjese una intervención americana completa en China. El hecho es que, para Stalin, China era, por el momento, algo secundario y mantenía con ella la política de colaboración del comunismo con los partidos burgueses, cuando en Europa esa misma política podía darse ya por terminada.

Estados Unidos, que había mantenido buenas relaciones con China desde 1898, a raíz del bombardeo japonés en Pearl Harbour, en 1941, incrementa la ayuda al Gobierno nacionalista de Chiang Kai-chek.

Ante la incapacidad de éste para vencer a los comunistas, después de 1945, y para evitar una guerra civil, se propone un Gobierno de coalición nacionalista-comunista que nunca llega a realizarse. Aunque en 1947 todavía parecía posible un triunfo nacionalista, las presiones comunistas en 1948 aumentan, ocupando Pekín en enero de 1949.

Casi victoriosos, y antes de la proclamación de la República Popular en 1949, los comunistas chinos eran enigmáticos para los Estados Unidos: algunos sectores pensaban que Mao Tse-tung era, simplemente, un reformador agrario, mientras otros estaban convencidos de que su victoria permitiría renovar la cooperación chinonorteamericana.

Mao destruirá las ilusiones de todos los que veían una continuidad de la política, al señalar la pertenencia de China al campo socialista que conducía la Unión Soviética y afirmar que en caso de guerra se alinearían con ella.

Al proclamarse el 1 de octubre de 1949 la República Popular China, ésta es reconocida inmediatamente por la Unión Soviética, Yugoslavia y los países de la Europa del este. Aunque en principio China representaba una victoria del comunismo, esta victoria tenía implicaciones, no sólo para la política americana, sino también para la soviética.

China representa la aparición, dentro del bloque comunista, de nuevos elementos raciales y culturales, a lo que se añade el hecho de lo insatisfactorio de las relaciones ruso-chinas, debido no sólo a la indiferencia de Stalin, sino a la ocupación rusa de territorios considerados chinos.

Tras una estancia de Mao en Moscú (diciembre de 1949-enero de 1950), las relaciones mejorarán, concretándose en una alianza en la que se contempla la ayuda rusa tanto técnica como económica a China y la devolución de Port Arthur y el ferrocarril manchuriano.

El surgimiento de una China comunista suscita problemas a Estados Unidos, siendo el fundamental el replanteamiento de toda su política en Extremo Oriente, es decir, principalmente la necesidad de acelerar el proceso de conversión de Japón en su aliado en Extremo Oriente.

En un primer momento, Washington piensa en la oportunidad del reconocimiento diplomático del nuevo Estado comunista, pues Gran Bretaña y los países de la Commonwealth lo reconocen; se afirma la no instalación de bases militares en Formosa, que se considera parte integrante del continente, y se define el perímetro defensivo americano en la zona, un perímetro que dejaba fuera Formosa y Corea del Sur.

Una dura crítica interna a la Administración americana por la política seguida en China influye en la decisión definitiva de no reconocer a la China Popular, decisión confirmada tras el intento soviético de obtener la exclusión del delegado nacionalista chino en el Consejo de

Seguridad, a lo que se opone Estados Unidos.

Desde este momento, la Unión Soviética intenta boicotear el funcionamiento de la Organización de las Naciones Unidas no asistiendo: la retirada rusa tendrá graves consecuencias cuando se inicie la guerra en Corea, pues permitirá la creación de un ejército multinacional que estará bajo el mando de un oficial norteamericano.

El abandono de Corea del Sur por Estados Unidos podría resultar peligroso para el equilibrio en Extremo Oriente, pues la península había sido motivo de fricción entre soviéticos y norteamericanos en la posguerra: la doble ocupación al norte y al sur del paralelo 38, que en un principio era provisional, se convierte, en 1949, en definitiva, al no conseguirse un acuerdo sobre el futuro político del país.

La Comisión de Naciones Unidas designada para resolver el asunto de la división coreana celebra elecciones (abril de 1948) en Corea del Sur, que confirman el Gobierno de Syngman Rhee, al tiempo que la Unión Soviética aprovecha para reconocer oficialmente al nuevo Gobierno comunista de Corea del Norte, presidido por Kim Il Sung. Piensa que es preferible mantener bajo su autoridad la zona norte que arriesgarse a una reunificación por elecciones libres. En enero de 1949 se retiran las tropas rusas y en junio las americanas; al igual que Alemania, Corea queda dividida.

3. El desarrollo de la guerra.

La guerra de Corea, que estalla en junio de 1950, se inscribe, por tanto, en un agitado contexto internacional. Los territorios coloniales han iniciado en Asia el proceso de descolonización, alcanzando algunos de ellos su independencia: India y Pakistán, en 1947; Birmania, en 1948; otros, como Vietnam e Indonesia, se enfrentan a sus antiguas metrópolis al no reconocer éstas su independencia por haber sido proclamada unilateralmente tras la retirada de las tropas japonesas.

En el resto de los territorios coloniales se toma clara conciencia de la situación de dependencia, lo que se concretará en la organización de partidos políticos que reivindican una independencia inmediata, caso del Islam norteafricano y algunas zonas del Africa subsahariana; en el radicalismo de movimientos intercontinentales, caso del panafricanismo, y en la organización de agrupaciones para coordinar su política, caso de la Liga Árabe.

En Europa Occidental se inicia la recuperación económica con ayuda americana (*Plan Marshall*). Para su distribución se crea la primera organización europea (*Organización Europea de Cooperación Económica*). Se inicia, igualmente, la integración política: Consejo de Europa (1949); integración que, ante el temor de una expansión comunista, se complementa con la inclusión de los países occidentales en la Alianza Atlántica.

Frente a la política occidental, bajo predominio norteamericano, se erige la política soviética que controla el bloque oriental. En la Unión Soviética y en la Europa del este se inicia, aunque con mayor dificultad, una recuperación económica a través del COMECON (1949). Se establece un mayor control político al desembarazar de los partidos comunistas elementos considerados peligrosos y se incrementan igualmente los acuerdos militares dentro del bloque para intentar frenar la expansión capitalista.

Aunque la URSS sufre un primer fracaso en la solidez del bloque oriental (Yugoslavia), contará con el apoyo exterior de la nueva China comunista.

En 1950, la ruptura de la alianza bélica está consumada, y la división del mundo en dos bloques es patente. La pérdida de la superioridad atómica norteamericana (la URSS ensaya su primera bomba atómica en 1949), la proclamación de la República Popular China, el descubrimiento de una red de espionaje soviético en Estados Unidos, que implicará la creación

de la CIA, la ola de críticas internas al Gobierno norteamericano ante su política en Asia desencadenada por el maccarthysmo, y la toma de conciencia americana de lo que supone una China comunista en Extremo Oriente influirán en la intervención americana en Corea al plantearse la guerra por la disputa de un norte y un sur sobre la soberanía total del territorio.

En el proceso bélico pueden señalarse varias fases: de junio a septiembre de 1950, la ofensiva norcoreana; de septiembre a octubre de 1950, la ofensiva aliada; de octubre de 1950 a marzo de 1951, la contraofensiva china, y de marzo a julio de 1951, la estabilización del frente.

a) La primera fase, la invasión de Corea del Sur por Corea del Norte.

Las tropas norcoreanas de Kim Il Sung cruzan la frontera del paralelo 38 en la madrugada del 25 de junio de 1950, avanzando hacia el sur en un triple movimiento: por el oeste, hacia Seúl; por el centro, a través de la cadena montañosa, y por el este, siguiendo la costa del mar de Japón.

Las reacciones internacionales y americana no se hacen esperar. El mismo día 25 el Consejo de Seguridad de la ONU vota una resolución, en ausencia de la URSS y a iniciativa de Estados Unidos, en la que se condena la agresión norcoreana y se pide un alto el fuego y la retirada de los ejércitos agresores.

Previamente a la resolución de Naciones Unidas, y ante lo que considera una agresión al mundo occidental, Truman ordena al general Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas americanas en Japón, el envío de material y asesores a Corea del Sur. Ante la imposibilidad de autodefensa surcoreana, Truman autoriza el apoyo naval y aéreo a Seúl a través de la VII Flota norteamericana, anclada frente a las costas de Corea.

Sin esperar las órdenes presidenciales, el general MacArthur ha tomado la iniciativa de bombardear Corea del Norte. Ante la imposibilidad de detener el avance norcoreano, entra en acción el VIII Ejército norteamericano, acantonado en Japón, y MacArthur es nombrado comandante en jefe de las fuerzas en Corea.

A fines de agosto sólo permanecía en poder surcoreano y norteamericano una pequeña zona en torno a Pusan, al sur del país, principal puerto coreano. En menos de tres meses, las tropas de Kim Il Sung habían arrollado al Ejército surcoreano. En esta situación es cuando se proyecta realizar una arriesgada maniobra: el general MacArthur decide desembarcar en Inchón, el 15 de septiembre, una pequeña península arenosa a unos 30 kilómetros al suroeste de Seúl y el lugar más impensable para un desembarco.

b) La reacción aliada: la reconquista de Corea del Sur y la invasión de Corea del Norte.

El desembarco, con participación americana y multinacional, se produce en la madrugada del día previsto ante la sorpresa de la guarnición norcoreana. Al acabar el día toda la península de Inchón se halla en poder norteamericano, al día siguiente se inicia la marcha hacia Seúl, donde llegan el 22, produciéndose el 26 la unión con las tropas que avanzaban desde Pusan.

En menos de dos semanas se había dado la vuelta a la guerra, iniciándose la marcha, sin hallar apenas resistencia, hacia el paralelo 38.

c) Un nuevo giro en la guerra: la intervención china.

El día 4 de octubre de 1950, las fuerzas de las Naciones Unidas, integradas por catorce países, cruzan el paralelo y ascienden hacia la frontera china, pero se produce entonces un nuevo giro en el conflicto: la intervención china.

Varias podrían ser las razones que motivaron tal intervención: en primer lugar, el largo período en que Corea fue un Estado vasallo de China; en segundo, las pretensiones hegemónicas regionales chinas, ya que no hay que olvidar las relaciones de protectorado que China ejercía sobre el sureste asiático antes de la presencia europea en el siglo XIX y, por último, la intervención china podría considerarse como una medida de seguridad estratégica para proteger Manchuria y la propia República Popular al acercarse las tropas de la ONU, bajo mando norteamericano, al río Yalú.

A mediados de octubre se habían detectado tropas chinas en la frontera con Corea, pero los servicios de información norteamericanos aseguraron que no estaban preparadas para la guerra y que el momento de la intervención había pasado. El 14 de octubre tres divisiones chinas al mando de Lin Piao cruzaban el Yalú; a finales de mes más de 100.000 hombres se hallaban desplegados, frente a las tropas aliadas, dispuestos para el combate; su avance fue tan rápido como el primer avance norcoreano y el primer contraataque aliado.

A finales de enero de 1951, más de la mitad de Corea del Sur se hallaba en manos chinas.

d) Nueva reacción aliada y la estabilización de los frentes.

El reagrupamiento de las fuerzas de la ONU estabilizó la situación, iniciándose nuevamente el avance, basado en la mayor superioridad de su armamento pesado y su aviación. Será durante este contraataque cuando se produzca el grave enfrentamiento entre MacArthur y Truman. Contrariamente al presidente, que deseaba limitar la guerra a Corea, MacArthur hizo pública su postura afirmando la necesidad de continuar la guerra más allá del Yalú, al tiempo que se emplearían bombas atómicas en territorio chino.

Tales declaraciones implicaron la destitución de MacArthur (abril de 1951), que fue sustituido por el general M. B. Ridgway, menos brillante, pero más disciplinado a la estrategia de Truman: contener el avance del comunismo en las fronteras entre Occidente y el área de control soviético, pero no exportar la guerra más allá de esa línea divisoria, pues esto podría implicar una guerra mundial.

El general Ridgway practicará una *guerra de desgaste* que permitirá, tras la recuperación de Seúl (en marzo de 1951), la estabilización del frente un poco al norte del paralelo 38, desde mayo. El agotamiento de ambos bandos facilitaba la marcha hacia la iniciación de conversaciones de alto el fuego.

Las negociaciones de armisticio se iniciaron en el mes de julio de 1951 en Kaeson, y en octubre continuaron en Panmunjon. Las negociaciones fueron largas, al tiempo que los combates languidecían, entrando la guerra en una fase de inmovilismo, y siendo el principal problema de la conferencia de paz la devolución de prisioneros; por último, el 27 de julio de 1953 se firmaba el armisticio en Panmunjon entre W. Harrison y Nam-II, representantes de las fuerzas de la ONU y Corea del Norte respectivamente. No había habido ni vencedores ni vencidos.

4. Consecuencias del conflicto.

La guerra de Corea (1950-1953) fue la primera alarma de que, en una zona determinada, la *guerra fría* podría transformarse en *caliente* obligando a la intervención directa de una superpotencia; pero también fue la primera guerra de la era nuclear que enfrentaba al este y al oeste.

La guerra de Corea señalará el carácter de las futuras confrontaciones en la *guerra fría*: será una contienda *limitada* en la que se utilizarán medios limitados ante el peligro de una conflagración mundial de carácter atómico.

Para la propia Corea, la guerra confirmará la situación surgida en 1948: 1953 dividirá definitivamente Corea, por el paralelo 38, en dos Estados irreconciliables, una República Popular al norte, dirigida por Kim Il Sung, y una República de Corea al sur, influida por Estados Unidos y presidida por Syngman Rhee.

Por lo que se refiere a las consecuencias internacionales, Corea supondrá una modificación en la práctica de la ONU, fundamentalmente en las relaciones entre el Consejo de Seguridad y la Asamblea General: el 13 de noviembre de 1950, al regreso del representante soviético al Consejo de Seguridad, Estados Unidos hará adoptar a la Asamblea General una resolución (*Unión para el mantenimiento de la Paz*), por la cual ésta tendrá derecho a intervenir cuando el Consejo de Seguridad esté paralizado por el veto.

También influirá Corea en la creación de una fuerza multinacional de la ONU, bajo su mando, para evitar que en futuras ocasiones se ponga al mando de una potencia beligerante como había sucedido en Corea.

Estados Unidos reaccionará alarmado ante los acontecimientos de Corea; significaba, por vez primera, la experiencia de una guerra no terminada en victoria, la vulnerabilidad del sistema defensivo americano y la necesidad de poner en pie una defensa occidental efectiva.

Esto se traducirá en el paso de la situación teórica a la participación activa en gastos de defensa de los países de la Alianza Atlántica, un rearme alemán occidental, frente a la Alemania oriental, y una integración de la República Federal de Alemania en los dispositivos estratégicos de la defensa occidental.

La situación en Asia oriental sufrirá igualmente cambios. La participación china en el conflicto coreano señala el surgimiento de una nueva potencia, con la que habrá de contarse en adelante, apoyada masivamente por la Unión Soviética para frenar el expansionismo norteamericano en el Pacífico.

La política de Estados Unidos sufrirá sensibles modificaciones tendentes a crear una gran *barrera* frente al comunismo; barrera realizada mediante formas diversas: apoyo a Francia en Indochina -para frenar al Vietminh-, a Chang Kai-chek en Formosa; creación de organismos de seguridad: ANZUS en 1951, contra un posible resurgimiento del imperialismo japonés; SEATO para defender los Estados de Asia oriental y del sur, incluso a los no firmantes, de las agresiones comunistas, y firma de tratados de seguridad bilaterales: en 1951, tratado con Japón, que convertirá a este país, beneficiado económicamente con el conflicto coreano, en el fiel aliado norteamericano en el Pacífico en 1953 con Corea del Sur y en 1954 con la China nacionalista.

Frente a la política norteamericana, la Unión Soviética, desde la muerte del dictador Stalin, en 1953, intentará una política de coexistencia con los Estados Unidos, política que la desconfianza del bloque occidental y el clima de *guerra fría*, cada vez más enrarecido por la carrera nuclear, hará fracasar, consolidándose así definitivamente los dos bloques.

Texto extraído de MORENO GARCÍA,
Julia, *La crisis de Corea*. Historia
Universal del siglo XX. Tomo 21. La
Guerra Fría. Ed. Historia 16.
Madrid 1998.